

**CAPÍTULO Y SUBLIME AREOPAGO
LIBRE y SOBERANO
NUEVO MUNDO**

**REFLEXIONES SOBRE EL TEMA
MASONERIA EN TIEMPOS DE DESTRUCCIÓN
(o de reconstrucción...)**



Edición 2026



**CAPÍTULO Y SUBLIME AREOPAGO
LIBRE y SOBERANO
NUEVO MUNDO**

**REFLEXIONES SOBRE EL TEMA
MASONERIA EN TIEMPOS DE DESTRUCCIÓN
(o de reconstrucción...)**



Edición 2026

Nuevo Mundo es una Jurisdicción masónica, mixta, transnacional, libre y soberana, que practica el rito escocés en lengua española.

El Capítulo existe desde 2017 e.v..

Un Areópago virtual existe desde el año 2025 e.v..

Nuevo Mundo organiza regularmente seminarios virtuales sobre temas de interés, tal como Alquimia y Perfeccionamiento, Transgresión y Justicia, ¿Dónde está la Mujer?, Fe y Masonería, Inteligencia Artificial, Masonería y Bastardía.

Reflexiones sobre migraciones y sobre tiempos de destrucción son los últimos organizados en 2026.

Nota: El editor deja a cada uno a la responsabilidad de lo expuesto en este compendio, tanto sobre la forma que sobre el fondo.

REFLEXIÓN PRELIMINAR

Dice un VH a principios de este año (2026): *“La reciente intervención de los Estados Unidos en Venezuela y en Irán fuerza a preguntarse: ¿Hay una "Destrucción" de los principios fundamentales de convivencia entre naciones y entre personas en donde prima la visión egocentrista? ¿Hubo un quebrantamiento de la soberanía y del marco jurídico internacional? ¿Se justifica? ¿Existe realmente un marco jurídico internacional? ¿Es nuestra función como masones el reflexionar estos temas? ¿Podemos los masones combatir el oscurantismo cultural y dialéctico instaurado en la humanidad, o es un nuevo paradigma que debemos aceptar? Esta propuesta invita a reflexionar sobre si nos encontramos ante la destrucción del "orden antiguo" para dar paso a una nueva era”*.

En este contexto, VVHH del Areópago virtual Nuevo Mundo, recordemos el simbolismo del grado XVII, calificado de “apocalíptico”. El templo en este grado tiene siete columnas, con siete colores, que simbolizan las fases por las que atraviesa la humanidad, o, quizás, las cualidades necesarias para fortalecerla.

Después del grado XVII se avanza en una Masonería más esotérica, que procede a una internalización de la construcción. El Apocalipsis ¿no tendría un mensaje siempre actual? No olvidemos que, detrás, hay un mensaje de esperanza para un futuro de amor y de paz... así como la imagen del Arco Iris. Representa sobre todo que la “verdadera” luz es la unión de muchos colores...



También, el Arco Iris ¿no recordaría el rol de la Masonería, que es de “unir lo disperso”?

Dice el ritual de grado XVII que el bien vence a las 7 cabezas del Dragón: odio, amoralidad, orgullo, mentiras, perjurio, cobardía y calumnia, lo cual puede parecer muy ingenuo. Pues, dice un VHno: *“Lamentablemente la humanidad no ha aprendido la lección en estos cuatro mil y más años y la lógica de la destrucción del “otro” nos lleva a escenarios apocalípticos que ya los estamos viviendo. La soberbia y arrogancia del hombre lo lleva a creerse un Dios”*. Continúa: *“La intolerancia sumerge a la humanidad en una lucha por la imposición de valores radicalmente opuestos”*. En este sentido es preocupante ver cómo en la actualidad asistimos a un retroceso, a una involución, retornando a los imperialismos, nacionalismos, racismo, exclusión, fascismo y formas de gobierno autoritarias que pretenden imponerse en el mundo.

Dice también otro VHno: *“en una extraña situación inversa, el masón se enfrenta por primera vez a la muerte del universo, mientras él mismo sobrevive. Uno a uno se va rompiendo los sellos¹. Y, una a una, cada trompeta destruye lo que aún queda en pie. A la cuarta trompeta desaparece una parte de la luz, y a la séptima parece que las tinieblas han vencido”*.

El anciano que toma la palabra en el ritual de este grado aconseja al maestro masón luchar contra sí mismo para que las 7 pasiones representadas por las 7 cabezas del dragón no se apoderen de el/ella. ¿Qué implica este Consejo? Buscar en nuestra conciencia los recursos para luchar contra estos vicios. Es una obligación de nuestro desarrollo masónico, que estemos en capacidad de consolidar nuestro templo interior, sin el peligro de que el mismo pueda ser destruido o corrompido por otros. Allí nos corresponde discernir sobre lo que es el bien y aquello que es el mal.

¹ En el libro del Apocalipsis, se abren sucesivamente 7 sellos: El primero da paso a la conquista; El segundo, a la lucha; El tercero, a las vicisitudes; El cuarto, a la muerte necesaria; El quinto, al recuerdo del pasado; El sexto, a la destrucción del mundo presente, y el séptimo anuncia el silencio.

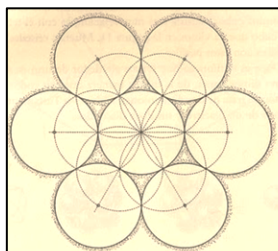
Sin embargo, el bien y el mal siempre se verán desde una perspectiva personal, por lo que el examen de las situaciones debe realizarse considerando el contexto temporal, social y hasta geográfico. No olvidemos que los Caballeros de Oriente y Occidente, los Rosacruces, o los gran Pontífices que somos vienen a convertirse en una esperanza para la humanidad por su rol integrador y pacificador.



Para ello ¿debemos únicamente recurrir a nuestro interior representado en el Arcano XIV del Tarot? o, ¿qué proponer?

VVHHno.as, el Universo no crece ni declina: respira. Después de la inspiración violenta, la contracción, recupera el aliento creativo y comienza de nuevo la dilatación. Esto sólo puede hacerse a costa de una gran violencia y un gran sufrimiento, como en un nacimiento. Una vez más le corresponde al masón trazar su camino. Así como con un gran golpe de mazo sobre su piedra comenzó su obra, es rompiendo los sellos uno por uno que completa su ciclo, al son devastador de las trompetas. Todos estos sellos son desafíos que tenemos que superar.

Cualquiera que sea el caos y la destrucción, el trabajo del masón continúa incansablemente. Dice el ritual de grado XXII: *“Este cuadro de siete círculos les enseñara a descubrir tierras incógnitas”*. ¿Podría este símbolo representar la unión existente (o a construir) entre los diferentes Mundos que vemos aparecer?



VVHHno.as, trabajemos el silencio y meditemos primero. Tendremos pronto tiempo de intercambiar sobre nuestro comportamiento de “viejo masón” frente la destrucción - o no - del mundo dicho “occidental”, y la aparición de tierras incognitas. Esto fué el tema del seminario del 2 de agosto 2026.

Este compendio comprende las contribuciones de los VVHHno.as que contribuyeron.



REFLEXIONES INDIVIDUALES

VHno Antonio R. (*Valle de Gran Canarias*)

La humanidad, a lo largo de su historia, ha sido testigo de innumerables conflictos bélicos que han dejado cicatrices profundas en las naciones y en los individuos. Desde las antiguas batallas entre tribus, que buscaban las mejores zonas de caza, cultivos y agua, hasta las guerras mundiales del siglo XX, la guerra ha sido una constante que, lejos de haber evolucionado hacia la paz, ha seguido alimentando una espiral de violencia, destrucción y sufrimiento. En la actualidad, la guerra no ha cesado; más bien, ha tomado nuevas formas de destrucción, y el ser humano sigue siendo prisionero de sus propias contradicciones.

A lo largo de la historia, los seres humanos hemos visto cómo las guerras no solo destruyen físicamente a la sociedad, sino también a su tejido moral. La Antigua Roma, por ejemplo, se expandió a través de conquistas violentas que dejaron millones de vidas rotas, al igual que las Cruzadas, donde el fanatismo religioso y el deseo de poder se amalgamaron en una maquinaria bélica que sembró el odio entre culturas. Las Guerras Mundiales del siglo XX representaron el auge del horror: más de 100 millones de muertos, genocidios masivos como el Holocausto, y el uso de armas nucleares que dejaron huellas indelebles en la humanidad.

Hoy en día, los conflictos siguen siendo una constante. Aunque las formas de guerra han cambiado, las consecuencias siguen siendo las mismas: destrucción de vidas, desplazamientos masivos, y perpetuación del ciclo de sufrimiento. El acceso a la tecnología ha aumentado la capacidad de destrucción, pero no ha logrado erradicar las causas, como el nacionalismo extremo, la lucha por los recursos o el control geopolítico.

El problema fundamental radica en la incapacidad de la humanidad para superar las divisiones que nos separan. Mientras que los ideales de unidad y cooperación son promovidos en las cartas internacionales, como la *Carta de las Naciones Unidas*, los intereses económicos y políticos de los estados siguen predominando sobre los principios de paz y bienestar común.



Es cierto que en las últimas décadas ha habido avances hacia la cooperación internacional, como los tratados de paz, las intervenciones humanitarias, y los acuerdos multilaterales. Sin embargo, estas iniciativas son solo parches ante una problemática más profunda: la resistencia de la humanidad a trascender sus propios instintos primitivos de poder, miedo y control. La idea de una humanidad unida, basada en principios de justicia, igualdad y paz, sigue siendo una utopía. La indiferencia hacia el sufrimiento humano, reflejada en la pasividad ante las atrocidades de conflictos como los de Siria, Ucrania o Yemen, demuestra que, a pesar de los avances de la civilización, la guerra sigue siendo un medio aceptado en el ámbito internacional para resolver disputas.

Es crucial que, en lugar de continuar alimentando las dinámicas bélicas, la humanidad se comprometa a fortalecer los valores que deben guiar la convivencia. *La paz, la justicia, la solidaridad y la dignidad humana* son valores universales que deben ser el eje de cualquier sociedad que aspire a erradicar la violencia.

1. **La Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948)**, promovida por las Naciones Unidas, establece que "todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos". Este principio debe ser la base para cualquier sistema político y social que busque la paz.

No puede existir una paz verdadera cuando unos seres humanos son considerados menos que otros por su raza, nacionalidad o creencias.

2. **El principio de no agresión**, ampliamente defendido por filósofos como Immanuel Kant y que ha sido integrado en el derecho internacional moderno, establece que ningún estado tiene el derecho de usar la violencia como medio para resolver disputas. Las guerras solo deben librarse como último recurso y con el fin de defender derechos fundamentales.
3. **El diálogo y la diplomacia** deben ser los únicos caminos para la resolución de conflictos. El ejemplo de figuras como Mahatma Gandhi y Martin Luther King, quienes optaron por la no violencia como método para lograr la justicia, demuestra que la fuerza de la palabra y la persuasión es más efectiva a largo plazo que la destrucción. La diplomacia debe ser la herramienta primordial, no solo en el ámbito político, sino en la vida cotidiana entre individuos.
4. **La responsabilidad compartida** de garantizar el bienestar global: los tratados internacionales como el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) y los acuerdos sobre el cambio climático destacan que los problemas globales deben ser enfrentados con un enfoque colaborativo. Los países no pueden seguir aislándose detrás de sus fronteras; las amenazas globales, como el terrorismo, las pandemias o el cambio climático, requieren una respuesta común que valore la solidaridad y el trabajo conjunto por encima del egoísmo.

Si bien la historia ha mostrado la devastación que la guerra causa, parece que aún no hemos aprendido a evitarla. Las lecciones de la historia deberían haber sido suficiente para evitar la repetición de tales horrores. Sin embargo, los conflictos continúan siendo moneda corriente en muchas partes del mundo.

¿Este ciclo de violencia solo se detendrá cuando la humanidad decida, de manera colectiva, que la paz es un valor absoluto y no negociable?

El hecho de que sigan existiendo ejércitos y armas de destrucción masiva es una señal clara de que nuestro mundo no ha evolucionado moralmente al ritmo de nuestro progreso tecnológico. La paz no es solo un acuerdo político; es un compromiso ético y moral con el futuro de las generaciones venideras.

La guerra es una de las mayores tragedias de la humanidad. Aunque la historia está llena de ejemplos de resistencia, sacrificio y esfuerzos por la paz, seguimos viendo conflictos armados en



diversas partes del mundo. El panorama actual de los conflictos bélicos en Ucrania, Gaza, Líbano, Irán, Somalia y la región del Sahel, es una de las manifestaciones más alarmantes de la persistencia de la violencia en la humanidad. Cada uno de estos conflictos tiene sus raíces profundas en cuestiones históricas, geopolíticas y económicas, y cada uno refleja las complejidades de las relaciones internacionales y los derechos humanos en la actualidad².

2

Ucrania: La invasión rusa, iniciada en 2022, ha marcado un punto de inflexión en la geopolítica moderna. La guerra no solo tiene implicaciones para Europa, sino que ha tenido efectos globales, exacerbando las tensiones entre Rusia y Occidente. En un contexto donde las naciones han estado intentando superar los horrores de las guerras del siglo XX, Ucrania se ha visto atrapada en un conflicto devastador, con miles de muertos y millones de desplazados.

Es fundamental que la humanidad, como comunidad global, refuerce los valores que promueven la paz, el respeto a los derechos humanos y la justicia. Solo así podremos dejar atrás la sombra de la guerra y construir un futuro en el que la cooperación, el entendimiento y el respeto mutuo sean los pilares de nuestra convivencia. En este momento hemos visto como la debilidad de las organizaciones mundiales y los tratados son solo papel mojado ante la ambición de las Naciones más poderosas que ansían como antaño el poseer los recursos naturales. La situación bélica actual en el mundo muestra que, a pesar de los avances en algunas áreas, la humanidad sigue atrapada en un ciclo de violencia y conflicto. Estos lugares son reflejo de los intereses geopolíticos, económicos y religiosos que siguen perpetuando la guerra y la inestabilidad.

Gaza: La Franja de Gaza sigue siendo uno de los lugares más explosivos del mundo. Los enfrentamientos entre Hamas e Israel, que son recurrentes, no solo son una manifestación de la lucha por la autodeterminación palestina, sino también del conflicto por el control territorial y los recursos en una región históricamente disputada.

Líbano: Líbano, tras años de inestabilidad política y económica, sigue siendo un campo de batalla indirecto entre las grandes potencias. La influencia de Hizbulá, respaldado por Irán, ha sido un factor determinante en la política libanesa, y la rivalidad sectaria entre musulmanes chiítas, sunníes y cristianos ha contribuido a una crisis política crónica.

Irán: Irán sigue siendo una de las potencias clave en el Medio Oriente, con una fuerte influencia sobre países como Irak, Siria, Líbano y Yemen. La combinación de su ambición militar, su apoyo a grupos militantes y la represión interna lo convierte en un actor central en los conflictos regionales.

Somalia: Somalia ha sido un estado fallido durante más de dos décadas, y su situación sigue siendo una de las más precarias en África. El grupo terrorista Al-Shabaab, vinculado a Al-Qaeda, sigue llevando a cabo ataques violentos, mientras que el gobierno central lucha por imponer su autoridad.

Sahel: El Sahel, una vasta región que abarca países como Mali, Níger, Burkina Faso, y Chad, es otro de los puntos calientes en África. La presencia de grupos yihadistas como Al-Qaeda en el Magreb Islámico y el Estado Islámico en el Gran Sáhara (EIGS) ha aumentado la violencia y el desplazamiento de personas.

En lugar de avanzar hacia una verdadera paz, el mundo parece seguir aferrándose a las viejas divisiones que nos separan.

Mientras tanto, los valores de justicia, igualdad y derechos humanos siguen siendo las únicas herramientas con las que podemos luchar contra la barbarie de la guerra.

VHno Antonio R. (*Valle de Gran Canarias*) – segunda contribución

Un mundo que agoniza

Tras el año 1945 surge un orden internacional que ha mantenido un equilibrio entre la normalidad jurídica y el poder político en torno a las normas estandarizadas por la Carta de Naciones Unidas, limitando el uso de la fuerza y validando la importancia y necesidad de los Derechos Humanos. El derecho internacional³ parecía proveer un sistema jurídico con normas jerárquicas y prohibición del uso de la fuerza como elemento fundamental, con derechos basados en valores comunes, protección de los individuos y mecanismos de responsabilidad internacional. En realidad, el Derecho Internacional es un marco efectivo, pero depende de la voluntad de los Estados, prohibiendo el uso de la fuerza, prohibiendo el genocidio, así como la tortura.

Sin embargo, algunos Estados han reinterpretado el art. 51 de la carta de Naciones Unidas⁴ como posibilidad de autodefensa preventiva o anticipatoria, lo que les permite el uso de la fuerza contra actores no estatales en estados terceros sin consentimiento claro y hablar de amenazas híbridas.

³ El DIDH - Derecho Internacional de los Derechos Humanos - recoge el Derecho a la vida, prohibición de la tortura y la no discriminación.

⁴ Reconoce que la defensa propia es un derecho fundamental de los Estados, no otorgado, sino preexistente.

Esto tiene como corolario un incremento del gasto militar, priorizando la seguridad, y una vuelta a la competencia entre potencias, debilitando los proyectos cooperativos a nivel mundial.

Hoy, existe una crisis del orden liberal internacional, con cuasi colapso del sistema de garantías para las personas y los países, produciendo una erosión de las normas establecidas con incumplimiento parcial, relectura de la normativa y deterioro institucional. Hay debilitamiento de los derechos humanos, con menor compromiso del espacio cívico de los ciudadanos, criminalización de la disidencia, uso de tecnologías para vigilar y controlar a las personas. Hay igualmente debilitamiento del sistema institucional internacional en base a continuos vetos de sus resoluciones por parte de miembros permanentes del Consejo de Seguridad, extrema politización en bloques, falta de acciones antes situaciones clave de injusticia flagrante y baja capacidad coercitiva.

ACNUR ⁵ manifiesta que los desplazados alcanzan los 136 millones de personas (2026), mientras que el gasto militar mundial llega a mas de 2,7 billones de dólares (2024). El



Derecho Internacional Humanitario (DIH) busca en los conflictos armados la distinción entre civiles y combatientes, la proporcionalidad y la prohibición de ataque indiscriminados, pero son normas que - comprobamos - son vulneradas sistemáticamente. La situación actual avoca a una situación de desgaste sin llegar al colapso completo, persistiendo formalmente las normas, pero con incumplimiento sesgado y manipulando políticamente el derecho internacional.

⁵ la Agencia de la ONU para los Refugiados.

Además, hay capacidad reducida de actuación por parte de las instituciones multilaterales que deberían ser jueces y mediadores.

Como resumen, actualmente, hay un gran deterioro de los niveles de convivencia a nivel mundial con más violaciones de los derechos humanos, normalización del uso de la fuerza y menor capacidad del sistema internacional para detener estas situaciones, (prohibición del uso de la fuerza, protección de civiles, multilateralismo y rendición de cuentas), imperando la ley del más fuerte.

VHno Juan D.P. (*Valle de Europa*)

Para abordar este complejo tema, hay que referirse al principio y al significado mismo de la palabra destrucción. No voy a hacer ni escribir una definición, pero si voy a referirme a qué es lo que estamos destruyendo: La humanidad está en la puerta de una destrucción masiva de lo que ella ha construido desde hace más de cincuenta años y esa destrucción no solo es de los bienes materiales.

Los comportamientos armados y las actitudes bélicas están presentes en todos los continentes, los fabricantes y vendedores de armamentos de toda especie se frotan las manos y se llenan los bolsillos. Estamos abocados en un proceso de destrucción y negación sistemática de todos lo que han sido los valores y reglas que se han establecido para el mantenimiento de la paz, del crecimiento material y espiritual de la humanidad.

Constatamos hoy día el resurgimiento de fuerzas y valores que podíamos suponer, siguiendo las experiencias amargas del mundo, como hechos pertenecientes a la historia, a un sombrío pasado de la humanidad.

Una constatación se impone, los fenómenos más estudiados y explicados, los vacíos y las dudas del futuro de la sociedad, se han convertido en una fuerza negativa que hoy día amenaza seriamente el futuro de las sociedades. Este fenómeno de destrucción lo podemos constatar en lo material, en lo social, de los beneficios que hubieran podido extraerse de los avances científicos, de la capacidad productiva y del bienestar económico alcanzado.

¿Qué constatamos? Una frustración general por la mala calidad de servicios, por la corrupción, por la ausencia de proyectos globales que beneficien los menos favorecidos económicamente, una participación insuficiente de las fuerzas vividas en las toma de decisiones, el progreso sobre la base de armamentismo y con la imposición de una fuerza única como motor de la humanidad, EL DINERO.

La cara más visible de este proceso de destrucción son los conflictos militares presentes en todos los continentes y el tráfico de armas que envenenan y destruyen la seguridad y la actividad espiritual del ser humano y las instituciones que este crea para su desarrollo material y espiritual. Estamos viviendo momentos en los que se da prioridad a la inversión en lo que destruye y no a lo que humanamente hay que construir.

La francmasonería también sufre y sufrirá las consecuencias de este fenómeno; lo preocupante es la falta de reacción, particularmente de las organizaciones e instituciones masónicas: estamos silenciosos e insensibles.



¿Donde pueden estar las causas? Veamos...

Desde nuestra iniciación la Logia nos solicita la discreción absoluta. El silencio en el grado de aprendiz en la Logia y la discreción de nuestra pertenencia a masonería es la regla. Nuestro comportamiento nos empuja a guardar normas que en ocasiones no nos permiten proyectarnos y hacer conocer nuestros valores y principios. Nos acostumbramos a un silencio cómodo.

La elevación al grado de compañero nos abre el derecho al uso de la palabra en logia y el grado de maestro nos da todas las atribuciones de un masón realizado. Pero parece que lo que antes era un prestigio de pertenencia, luego de los terribles acontecimientos de principio de siglo XX y los resultados de la inadvertencia o quizás del comportamiento naif de los masones, y/o probablemente, en virtud de los compromisos y participaciones de los masones en las luchas por la democracia, el respeto por la aplicación de las reglas y valores que se consideran como los principios de la democracia, llevó a las clases dominantes a arremeter contra los masones, materializándose esta en la represión, prestación y (a veces) eliminación física. Razones económicas, sociales, o culturales, la explotación laboral o religiosa, también afectaron el movimiento masónico, que se vio forzado, en el mejor de los casos, a la discreción extrema o a una pausa en el proceso de reflexión y formación.

Las fuerzas antidemocráticas en los países donde la explotación laboral era la más intensa, se libraron a un proceso de destrucción de casi todo lo que el trabajo, la evolución de la ciencia y el pensamiento de los hombres habían logrado construir. Lo anterior condujo a masones y logias (en Europa en particular pero también en Latino America) a trabajar en la clandestinidad. Muchos pagaron con sus vidas el precio de sus convicciones. Los masones fueron reducidos al silencio.

El egoísmo y la búsqueda del dominio de los bienes materiales, la intolerancia política e ideológica, culminó en un proceso de destrucción masiva, proceso en el que fueron afectadas todas las clases sociales, las religiones (cómplices en su mayoría) en casi todos los países, porque los que no participaban directamente, se vieron forzados a alinearse con uno u otro contendiente, mientras que los llamados neutros, fueran estos democráticos o no, se enriquecían, obtenían beneficios y o compensación económica. El silencio y la legendaria prudencia masónica terminó provocando la dispersión y/o provocando que la mayoría de las asociaciones masónicas, aunque parezca extraño, en ese periodo como actualmente ocurre, no osaron, por razones de seguridad a hacer oír su voz.

Hoy día estamos a la puerta de algo similar. Dentro de poco, se podrá hacer masonneria en toda libertad? ¿Se mantendrán los locales conocidos abiertos? La auto censura enseñada en el grado de aprendiz y o mal comprendida en el sentido más amplio, pesa; es, hoy en día, a mi juicio, una traba para el proceso de construcción del tercer templo. No sabemos cómo hacerlo, y esto tiene sus consecuencias: Una desconexión entre el masón, sus principios, sus valores y la transmisión de estos al mundo profano.

Hoy en día el ser humano está viviendo enfrentamientos de orden fundamentalmente económico; lo social, lo humano, ha prácticamente desaparecido en las instancias políticas, porque se invierte más en los preparativos de guerra (no solamente en nuestro planeta, sino también en el espacio, ¿con la espera de una confrontación con extraterrestres?), que en lo social, lo humano, el bienestar colectivo muy a pesar de los discursos.

Pero, ¿quienes son los protagonistas, los actores principales de este proceso? La mentira, y la ambición deformada y desmedida teniendo como base el dinero, el Nuevo Dios Universal, el motor de todas las cosas.

Hoy, desgraciadamente, la libertad, la igualdad, la fraternidad y la tolerancia, cuerpo fundamental de nuestros valores, ya no constituyen los ejes del comportamiento y de las ambiciones de los hombres, dirigentes de Estado, de nuestras sociedades ni de las organizaciones que las representan.

Los valores espirituales ya no son una referencia (han sido corrompidos por el dinero) porque hoy ya no es motivo o sujeto de preocupación de la mayoría de los dirigentes de nuestras sociedades los problemas sanitarios, alimentarios, ecológicos, educación y producción, entre otros.

Una nueva orientación es necesaria. Pero...

¿qué hacemos los masones?



Silencio, no se pueden despertar los demonios de la razón. Nuestras sociedades, nuestros estados prefieren invertir grandes recursos en la fabricación y compra de armamentos (en el silencio general, mismo de las organizaciones masónicas) mientras que por otro lado se acentúa la miseria social, la mala calidad de los servicios colectivos esenciales, y frente a todo esto, nuestras organizaciones iniciáticas nos ponemos la mordaza.

Las ambiciones personales, políticas y económicas están conduciendo, no solo a la destrucción de los valores morales et intelectuales, sino también de las instituciones que todavía conservaban una cierta autoridad moral. Esto se produce de dos maneras: El control y manejo personal de las instituciones (con acciones de corrupción), y la indiferencia o la inacción frente a las injusticias y los excesos de poder. Se recurre sin sonrojo a la destrucción de las instituciones, a la eliminación física y al incremento del odio fundamentado en decisiones de todo género (económico, moral, ideológico, espiritual) contra la humanidad.

Observando el panorama que se presenta frente a nosotros, esperamos que los principios de la moral y de la espiritualidad masónica puedan servir de referencia, porque nuestros valores, nuestros principios, y la base en la que se sustenta nuestra espiritualidad están en peligro de destrucción. Parece que el temor de lo que pueda ocurrir nos paraliza, parece que los amargos y oscuros momentos vividos por los masones a principio y mediados del siglo XX, consciente o inconscientemente, están llevando al movimiento masónico y sus organizaciones a una prudencia, prudencia llevada al límite de lo casi insoportable bajo el pretexto de conservar la unidad de las entidades masónicas, porque lo que ocurre en estos tiempos de destrucción es eso, la posibilidad de explosión de las entidades masónicas ya fraccionadas por asuntos espirituales exteriores al hombre mismo.

*¿Es comprensible el silencio de los masones
frente al proceso de destrucción?*

La composición y la integridad estructural de las entidades masónicas, parece que ha primado por encima de los principios y los valores que defendemos. Quizás esta circunstancia (La preservación de las entidades) ha llevado a guardar silencio, un silencio impuesto en nombre de la fraternidad y de la estabilidad de las estructuras masónicas. ¿No se trata de una inversión de valores? ¿No se está imponiendo el principio del dominio de la estructura al interés de los que la componen? ¿Y el tercer templo en todo esto⁶? ¿Fracasaremos como fracasó Salomón cuando se corrompió él mismo y no supo o no pudo evitar las desviaciones de su pueblo?

⁶ *El primer templo* es el personal. *El segundo templo* es el de las estructuras masónicas: Logias azules, rojas (Capitulares), negras (Areópagos), blancas (Consejos). *El tercer templo* es la sociedad y sus instituciones.

En nombre de la fraternidad, de nuestra tolerancia, guardamos silencio. Silencio frente a la destrucción, frente al robo, y a la injusticia, un silencio cómplice por omisión y/o por interés de grupos económicos, frente a las diferentes situaciones que soporta la humanidad. El silencio de la masonería frente a las diferentes situaciones que vive la humanidad es preocupante y peligrosa, porque con ello le quitamos fuerza a nuestros valores y principios, sino que también nos paralizamos, perdemos la visión del futuro.

Frente a los acontecimientos en los que todos estamos envueltos muy por encima de nuestras voluntades, debemos tener el coraje de reaccionar, de actuar, de levantar nuestra voz frente a la injusticia y a la destrucción, poco importa de donde venga, porque ser masón significa compromiso, compromiso por el derecho al desarrollo individual y colectivo, partiendo de los principios, deberes y obligaciones que voluntariamente hemos asumido.

Estamos en peligro, peligro de divisiones, de renunciar, de entrar en un proceso de confrontación estéril entre hermanos, porque aunque se presume que todos obedecemos a los principios que voluntariamente hemos asumido, no todos los comprendemos de la misma manera, porque puede ocurrir que intereses particulares y de diferentes naturaleza se interpongan y sean un fuerte obstáculo a nuestro desarrollo individual y colectivo.

En el entendido que partiendo de nuestros valores y principios debemos levantar nuestra voz en favor de la paz y el dialogo entre los hombres, sus entidades y los países, porque se está jugando el futuro de la humanidad y por consiguiente de nuestras estructuras debemos insistir en el trabajo por el dialogo y por la defensa de la paz y la solidaridad humana. Solo así contribuiremos a la construcción del tercer templo, el templo de la humanidad.

La masonería debe romper el silencio y posicionarse frente al lenguaje de las armas y del dinero, para que las necesidades primordiales de los seres humanos sean satisfechas e impulsadas hacia un justo equilibrio. No podemos permitirnos que las armas sustituyan al dialogo, este último debe imponerse como fuente de paz y desarrollo individual y colectivo.

La masonería y los masones que la constituyen tienen el deber y la obligación de aportar a la sociedad sus luces en los oscuros momentos que ella vive y esa luz solo puede surgir de un dialogo compartido. Es nuestro rol impulsarla, levantarla como bandera sino corremos el riesgo que la vorágine de la división y de la destrucción haga desaparecer nuestras instituciones y destruya las bases del templo que queremos construir.

La masonería solo puede prosperar y desarrollarse en un ambiente de diálogo y de paz constructiva en el sentido más amplio del término, donde sean respetadas las libertades públicas esenciales, donde la libertad de conciencia y de opinión sean respetadas, donde la guerra no sea la forma privilegiada para resolver las divergencias, porque solo el dialogo permite los intercambios abiertos, y las relaciones armónicas entre los pueblos. Es así como las estructuras de los masones podran desarrollarse; solo en la paz podrá ser construido el tercer templo, el templo de la humanidad.



VHno Juan D.P. (*Valle de Europa – 2da contribución*)

En la polvorienta ciudad donde los árboles y los hombres elevaban sus miradas, como si para una plegaria hacia el firmamento implorando al cielo piedad. Rogándole al sol que sea menos cruel con sus hojitas, sus ojos y su piel. Las hojas se pegaban al tallito que las sostenía para protegerse del castigo del calor. Los ramos que las sostenían ya no resistían más, habían bajado la guardia, parecían tristes y acongojados.

Eran las seis de la tarde, la temperatura era intratable, agresiva. Los hombres tímidamente asomaban las narices por las ventanas entreabiertas para ver lo que pasaba en las calles. Refugiados en sus tres cuartos esperaban un poco de piedad del astro rey.

La gente sabía que era arriesgado pasearse por las calles, el clima y el ambiente no eran muy favorables. En ese momento, solo niños, criaturas inocentes, se aventuraban a ir a jugar en las callejuelas, que en cierta medida, por la proximidad de las casas, ofrecían una pequeña sombrita, un respiro, una cierta protección contra el calor y contra los extraños pájaros a los que ya casi estaban acostumbrados a ver pasar por el cielo a gran velocidad.

Lejos estaban los niños de las preocupaciones de los adultos. Estos no salían que en caso de absoluta necesidad, porque los otros, como ellos decían, se paseaban con sus instrumentos por las calles dispuestos a usarlos disque en defensa propia. Los niños ya estaban acostumbrados y verlos venir con sus enormes vehículos, a toda velocidad, levantando polvo con sus enormes ruedas, disque persiguiendo al enemigo. Los niños se imaginaban que era un juego de adultos que venían de otra parte. Entonces los niños, con alboroto y miedo se escondían, y cuando los otros desaparecían ellos salían de nuevo a jugar, a jugar como pudieran.

Esa tarde, mientras jugaban, los niños comenzaron a escuchar, provenientes del cielo, los silbidos de los extraños pájaros con cola de humo. Aterrorizados, como si fueran aves perseguidas por las águilas, corrieron a protegerse detrás de los muros de tierra de sus casas cubiertas de hierba seca o cualquier otro material de recuperación y que solo les servía para protegerlas del sol.

En el firmamento los pájaros con sus colas de humo parecían furiosos y al final dejaban sentir su cólera, explotaban con ruidos ensordecedores y destruían todo lo que quedaba a su alrededor. Un joven vio cuando uno de esos pájaros llegó cerca donde ellos jugaban, con un ruido seco y luego estrepitoso, terrible, llegó hasta ellos y de rabia explotó. Algunos no pudieron escapar, allí terminaron sus días. Las casas se desplomaban, la polvorienta que se levantó los enceguecía, el aire se enrarecía, los niños enmudecieron y no comprendían. Los adultos sabían y los de afuera también. Había que destruir los hombres, sus bienes sus almas. Y ESO POR QUE? VAYA USTED A VER;

Los adultos tratando de protegerse se acumulaban en los rincones, con sus rosarios en las manos, elevando plegarias yo no sé a quién; luego supe que algunos las dirigían a un todo poderoso para que les proteja. Parece que este era sordo, porque sus plegarias de nada servían.

Al explotar, las casuchas y los edificios temblaban y se desmoronaban, como dicen ocurrió con la torre de babel, y en un instante se convertían en un montón de polvo y piedras y bajo ellas, un montón de criaturas de todas las edades y especies; pasaban, de un momento a otro, a ser cadáveres. Ya no necesitaban tumba, ya estaban enterrados. Los niños se escondían en los túneles y sótanos o se acurrucaban en las faldas y los pantalones de sus padres u otro familiar próximo, buscando una seguridad que nadie tenía.

Ocurría con frecuencia que a esas criaturas se les saliera los orines y avergonzados, miraban a sus padres como para pedirles perdón. Otros eran víctima de crisis de angustia o perdían sus excrementos sin darse cuenta y sin poder contenerlos. El drama más traumático era el de los y de las jóvenes adolescentes, porque cuando esto ocurría, quedaban marcados a vida.

*Esto es lo cotidiano en nuestro mundo,
y me pregunto si nos hemos puesto en el lugar de esos
que cada día son humillados, maltratados y agredidos.*

Quién dijo, quién se inventó la historia del compromiso con un dios que no es más que una figura mítica, que no pertenece a nadie, a ningún pueblo en particular, a ninguna cultura?

Los pájaros destructores son lanzados por los hombres contra sus semejantes, olvidando que son nuestros hermanos, que somos de la misma especie. Los seres humanos y particularmente los que se reclaman los más puros, los que dicen que recibieron las "tablas de la ley" y los que hoy en día, de un lado y de otro predicen los mismos principios, no las respetan ni las aplican. Las destrucciones se generalizan. El planeta se resiente.

Frente a este panorama, qué podemos hacer?

La humanidad está en una nueva encrucijada, está en un periodo en el cual la destrucción material, el deterioro intencional y premeditado de las instituciones, el olvido de los principios, de los valores, de la ética, de la moral, se han venido imponiendo sobre la tolerancia y la fraternidad. Me pregunto una y otra vez: Estamos al borde de la construcción de una nueva sociedad? Un nuevo orden? Una sociedad más justa e igualitaria? Ha llegado el punto de inflexión, en el momento adecuado para la construcción de una sociedad donde la tolerancia y la fraternidad sean los objetivos principales del ser humano y su desarrollo? No puedo asegurarlo. Quién lo puede?

De lo que estoy seguro es que estamos en un periodo de amplia destrucción en todas las áreas de la actividad del ser humano. Destrucción de las instituciones y menosprecio de los acuerdos y compromisos, actitudes despóticas y unilaterales contra todo principio. Constatando esta realidad, me parece que guardar silencio es conceder al comportamiento errático y aventurero de algunos, un punto de apoyo. Nuestro silencio nos hace cómplices de la destrucción material y moral de los valores positivos de la humanidad, valores a los que somos llamados a estimular y defender. Estamos en cierta medida siendo cómplices silenciosos.

Es cierto que la humanidad necesita recomponerse y adecuar sus estructuras al desarrollo de la ciencia y la cultura, a los intereses comunes, pero ese no es el camino por el que se ha optado. Por qué suceden estos cambios de esta manera? Pienso que el olvido o no conocimiento de los valores fundamentales que permiten la armonía de la familia y de la humanidad, la solidaridad, la fraternidad, la tolerancia y sobre todo el dialogo abierto en la búsqueda del equilibrio ha pasado a un segundo plano, las armas han impuesto su lenguaje. Fuerza es de constatar que la ambición, el dinero y el egocentrismo han venido desplazando los valores, las bases sobre los cuales fueron creadas las instituciones salidas de los dos conflictos mundiales de principio de mediados del siglo pasado. Y todo esto ocurre bajo el silencio acomodaticio de los dirigentes de nuestros estados, porque los principios, estos han sido desplazados por el peso del dinero, el nuevo dios del mundo y por la imposición del lenguaje de las armas.

Pienso que la masonería en general, cualquiera que sea su obediencia u orientación ritualica, va a tener dificultad en desarrollarse; las puertas están cada vez más estrechas. Nos estamos debilitando y con ello, hay el riesgo de abandono de los principios y valores que sostenemos. No se pueden olvidar la esencia de los mensajes de los grados VI y XV.

Sobreviviremos, sin embargo, pero pienso que no podremos crecer individual y colectivamente si no rompemos la esfera del silencio. Pienso que a pesar de las dificultades, de las incertidumbres, no podemos guardar silencio, porque estaríamos olvidando nuestro compromiso, nuestros principios y valores. Debemos mantener en nuestra mente la esperanza de poder contribuir a la construcción de un mundo nuevo basado en otros valores que los que hoy se levantan como estandarte. El dinero y el ego no pueden ser los objetivos sobre los cuales se construirá el nuevo templo de la humanidad.

Pienso que debemos buscar, de manera colectiva, los medios, partiendo de nuestros valores y principios que nos permita por lo menos influir en los cambios que tienen que producirse en favor de la humanidad y de la preservación del planeta. Debemos cuestionar y criticar los comportamientos y actitudes que ponen en peligro la vida de millones de personas, la estabilidad mundial y el equilibrio ecológico del planeta.

Pienso que los masones y la masonería como institución moral tenemos el deber de reaccionar, de defender y difundir nuestros valores en vista de la construcción de una nueva sociedad en la que los derechos, los valores morales y espirituales sean la base del funcionamiento de la sociedad y del intercambio entre los seres humanos. La bombas no pueden ni deben remplazar el dialogo, porque la sed de poder, la intolerancia y la ambición destruyen la fraternidad, el respeto del otro, la libertad de consciencia, el dialogo y el crecimiento espiritual de los hombres y de la sociedad. Dentro de este clima, como practicar nuestra masonería? Como difundir nuestros principios y valores en un mundo convulsionado?

QUE HACER? COMO ORIENTARNOS?

Mismo si hay que reformarlas, lo que resulta evidente, hay que defender, por el bien de todos, el restablecimiento de la base institucional de organismos como la ONU, la OTAN, la OMS, la OEA, el OMC, la OIT y de los que buscan por todos los medios mejorar las condiciones de los mas desfavorecidos. Debemos actuar para reducir el caos y para resolver las diferencias, rechazando las acciones individuales y egoístas, al tiempo que se fomenta e impulsa el dialogo. Hay que partir del principio que todos tenemos el mismo derecho y acceso a todo lo que la humanidad ha alcanzado. Si no reaccionamos, llegará el momento en el que la masonería no tendrá espacio para su desarrollo, para seguir impulsando sus instituciones y sobre todo para compartir nuestros valores en el seno de la sociedad.

Vuelvo a decir que el silencio nos hace cómplices, porque las puertas que no se empujan no se abren. Esa es la fuerza moral e intelectual del masón, actuar frente a la injusticia. El mundo y sus instituciones están en crisis: ¿Es una crisis de destrucción definitiva o de reordenamiento? Pienso que depende de nuestras actitudes. ¿Qué sucede entre los masones y la sociedad en la que actuamos? En la situación actual, ¿puede la masonería, como cuerpo moral, ser un espacio de intercambio para presentar sugerencias para el reordenamiento de los mecanismos existentes?

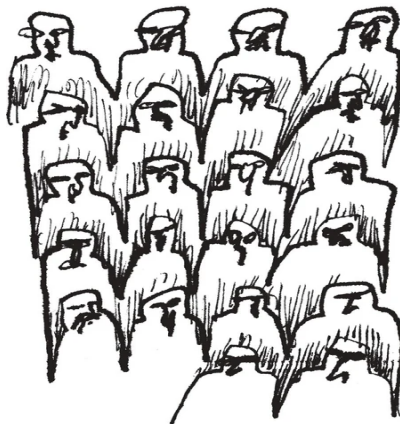
¿Cuál es nuestra fuerza? ¿Como crecer en uno u otro sentido si nos quedamos sentados en la acera del frente observando pasivamente el triste panorama que tenemos en frente sin por lo menos sugerir puertas de salida?

Es poniendo en relación la mano y el agua que podremos saber o detectar si esta está fría o caliente, es quizás tomando el riesgo, de llamar los hombres a la concordia que podremos seguir haciendo que masonería sea útil a la sociedad, compartiendo en el seno de esta nuestros valores y principios.

Pienso que, a pesar de todo, este tiempo de destrucción nos abre las puertas de la esperanza para tratar de encauzar la sociedad, con nuestros valores, por un mejor camino, el de la construcción de un mundo más solidario y fraternal, mas armonioso y solidario.

Estamos viviendo momentos de destrucción, a causa de una crisis de representatividad en las estructuras de los estados y también en las instituciones llamadas a reglamentar su comportamiento. En este sentido, pienso que las entidades masónicas podrían poner de lado sus diferencias y sobre la base de los valores y principios que nos norman, promover y servir de canal para que los actores de la destrucción emprendan el camino del dialogo, de la paz y de la fraternidad.

La masonería tiene un papel a jugar, pero tiene en primer lugar que dejar de lado las diferencias entre obediencias y logias, entre todos nosotros de hecho, porque de lo contrario la masonería saldrá maltrecha de este periodo y su prestigio moral desaparecerá de la misma manera que otros movimientos y entidades del pasado con sus diferentes corrientes.



VHno Hervé P. (Valle de Europa)

¿La guerra acaba de cambiar de era?

Lo que ocurre ante nuestros ojos, ya sea en Oriente Medio o en Ucrania, no es una evolución de los conflictos armados. Es una ruptura. Una de aquellas que, como la invención de la pólvora o del arma nuclear, redibujan de manera duradera las relaciones de fuerza entre las naciones —y que los contemporáneos, por falta de perspectiva, tienen dificultades en reconocer como tal.

Durante siglos, un axioma estructuraba la guerra: la potencia se mide en masa. Hombres, acero, presupuesto. Los grandes aplastaban a los pequeños. Ese axioma ha muerto. Un pequeño dron neutraliza un gran carro de combate. Una milicia desafía a un ejército nacional. Un Estado mediano golpea el territorio de una potencia nuclear. Volvemos al mito de David contra Goliat, o al del caballo de Troya, cuando el astuto logra engañar al poderoso; o al cuento del roble y el junco, cuando la flexibilidad importa más que la fuerza. El coste de entrada en la guerra se ha desplomado, y con él ha aparecido en primer plano algo aún más inquietante: la capacidad de aterrorizar, de paralizar, sin declaración de guerra, sin un final aparentemente negociable.

Hemos entrado —en realidad ya llevábamos algunas décadas en ello— en un mundo donde la guerra y la paz ya no son estados distintos, sino dos caras de una misma realidad.

El caso iraní es ejemplar: Irán no combate directamente; delega, niega y mantiene una ambigüedad estratégica permanente a través de una red de proxies: Hezbolá en el Líbano, los hutíes en Yemen, pero también las redes terroristas islamistas presentes en numerosos países. Con una inversión relativamente modesta consigue saturar y agotar sistemas de defensa entre los más sofisticados del mundo; el coste de la defensa se dispara frente al coste del ataque.

Es una nueva doctrina de la guerra: el terror ya no es un efecto secundario —se convierte en su instrumento principal.

*Tendemos a creer que una mejor educación
logrará eliminar el fanatismo.*

Irán, un país extremadamente culto, es el contraejemplo.

Ucrania ofrece una lectura complementaria. Un Estado agredido ha transformado su debilidad inicial en resiliencia y adaptabilidad: Sin embargo, esta resistencia solo es posible gracias a un apoyo exterior masivo. Ucrania no demuestra que el débil pueda vencer al fuerte: demuestra que el débil y sus aliados pueden modificar los cálculos del agresor y obligarlo a una guerra de desgaste.

Recordemos que solos no podemos nada, juntos podemos todo.

Podríamos concluir, a partir de los dos ejemplos recientes mencionados, que entramos en una era de disuasión generalizada. No me ataques, ¡lo pagarás durante mucho tiempo! ... Sería un error: de hecho, la reducción del coste de entrada en un conflicto rebaja el umbral de desencadenamiento.

Lo que observamos, en realidad, es la aparición de una coerción permanente. El objetivo no es ganar, sino mantener una inestabilidad suficiente para obligar, agotar, extorsionar (control de corredores marítimos, congelación de recursos explotables, parálisis de las respuestas adversas).

*El terror ya no prepara la victoria militar:
se convierte en un fin en sí mismo.*

El derecho internacional de los conflictos armados es estructuralmente inadaptado. La consecuencia hoy es que cada Estado (o grupo de Estados) intenta contrarrestar este “terrorismo” internamente, mediante un mayor control de fronteras o el establecimiento de leyes más securitarias.

*Lo que nos recuerdan los rituales masónicos,
desde el décimo grado del Rito Escocés,
es la necesidad de comprender la complejidad,
de abrir las ramas de nuestro compás mental,
de juzgar con equidad...*

Esto es más una lucha con uno mismo que con los demás.

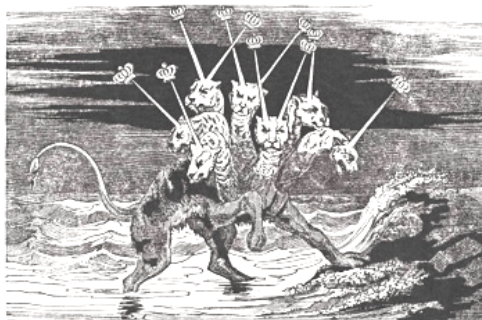
El Apocalipsis en particular presenta imágenes catastróficas. Sus visiones son violentas y dramáticas, como las de hoy: los Jinetes de la Muerte, las Langostas Escorpión, el Dragon de Siete Cabezas, la Batalla de Armagedón... Sin embargo, detrás de estas imágenes, después de la destrucción del segundo templo, hay un mensaje de esperanza para un futuro de amor y paz.

*El Apocalipsis ¿no tendría un mensaje siempre actual?
¿Realmente hemos cambiado de era?*

*El ritual masónico evoca las etapas
por las que la humanidad ha pasado,
pasa, y seguramente pasará, para alcanzar la victoria de lo que
llamamos el Bien sobre el Mal.*

*Sin embargo sabemos también que la verdadera pregunta es:
¿qué es el mal, qué es el bien? a corto, mediano y largo plazo...*

¡Reflexionemos RRHH:..!



VHna Cecilia B. (Valle de Europa)

El yo como Caballero de Oriente y Occidente

Hay grados que uno comprende principalmente a través de sus símbolos y otros que parecen comprenderse a través de experiencias que los preceden. En algunos casos, la enseñanza ritual introduce una idea nueva que lentamente se abre camino en nuestra comprensión. En otros, sucede algo diferente: el símbolo pone nombre a una pregunta que ya estaba presente desde hace mucho tiempo, aunque todavía no hubiéramos encontrado la forma adecuada de expresarla. Mi encuentro con el Grado XVII tuvo algo de esta segunda naturaleza... Al empezar a estudiar el ritual me encontré con imágenes que remiten a la destrucción, a la apertura de los siete sellos, al dragón de siete cabezas y a las visiones del Apocalipsis. Como muchos, durante años asocié estas imágenes a la idea de catástrofe o de final. Sin embargo, cuanto más tiempo dediqué a reflexionar sobre ellas, más evidente me resultó que la enseñanza del grado no gira en torno a la destrucción misma. Lo que parece interesarle no es el derrumbe, sino aquello que se revela cuando determinadas estructuras dejan de sostenerse. Tal vez por eso el término Apocalipsis ⁷ resulte tan engañoso cuando se interpreta únicamente desde el lenguaje cotidiano.

En su sentido más profundo, el término Apocalipsis no alude simplemente a un final, sino a una revelación. La pregunta entonces deja de ser qué se destruye y pasa a ser ¿qué aprendemos cuando aquello que considerábamos permanente deja de existir?

⁷ **Apocalipsis** proviene del griego *apokálypsis* y significa literalmente "**revelación**" o "**quitar el velo**". Lejos de su uso popular moderno como sinónimo de destrucción o fin del mundo, su sentido original se refiere a desvelar verdades ocultas o mostrar realidades divinas.

Mientras reflexionaba sobre esta idea comprendí que la destrucción fue una presencia recurrente en distintos momentos de mi vida, aunque no siempre de la forma en que solemos imaginarla. No hablo únicamente de la destrucción física que producen las guerras o los conflictos, sino también de la desaparición de certezas, de proyectos, de narrativas y de formas de comprender el mundo. En diferentes etapas me encontré observando cómo personas, comunidades e incluso sociedades enteras debían reconstruirse después de atravesar experiencias que habían alterado profundamente sus referencias más básicas de integridad humana. Durante años tuve la oportunidad de trabajar en contextos vinculados a acciones humanitarias y conflictos, particularmente en Palestina y en comunidad carenciadas de mi América Latina. Aquellas experiencias no me convirtieron en experta en el sufrimiento humano ni me otorgaron una comprensión definitiva de realidades extremadamente complejas, tal vez al contrario, sumaron a la desesperación de incertidumbres.

Aprendí que cuanto más cerca uno se encuentra de determinadas situaciones, más consciente se vuelve de la dificultad de comprenderlas plenamente.

Sin embargo, aquellas experiencias dejaron una huella profunda en mi manera de observar el mundo, incluso el mundo de la francmasonería. Descubrí que muchas veces los relatos que circulan sobre un conflicto terminan adquiriendo más fuerza que las personas reales que lo viven. Las simplificaciones reemplazan a la complejidad. Las identidades se vuelven categorías rígidas. Los matices desaparecen. Poco a poco, quienes se encuentran a un lado y otro de una frontera dejan de ser seres humanos concretos para convertirse en representaciones abstractas sobre las cuales proyectamos nuestras propias ideas, temores o prejuicios.

Percibí desde corta edad, que una parte importante de los conflictos contemporáneos no surgen únicamente de diferencias reales entre personas, culturas o comunidades. Con frecuencia se alimentan también de narrativas construidas sobre esas diferencias. Se sostienen en interpretaciones parciales, en estereotipos repetidos durante generaciones o en visiones simplificadas que terminan sustituyendo la experiencia directa.

Probablemente fue esa inquietud la que me llevó, años más tarde, a crear un proyecto editorial llamado *Reconciliando Mundos*. Cuando fundé la revista en 2009 no pensaba en el simbolismo del Caballero de Oriente y Occidente. Tenía solo Tres años de Aprendiz. Lo que me impulsaba era una preocupación muy concreta: observar cómo gran parte de la información disponible sobre determinadas culturas, religiones y sociedades estaba dominada por simplificaciones que contribuían más a la incomprensión que al conocimiento. El objetivo era unir Oriente y Occidente, en sus sanas y caóticas confluencias. Hoy, al encontrarme con el simbolismo del Caballero de Oriente y Occidente, no pude evitar percibir una resonancia inesperada entre aquella búsqueda y las enseñanzas del grado.

La tradición nos habla de un encuentro entre Oriente y Occidente, entre corrientes de pensamiento diferentes, entre mundos que históricamente han sido percibidos como separados. Sin embargo, cuanto más reflexiono sobre este símbolo, menos me parece que se refiera exclusivamente a una geografía o a una época histórica determinada. Oriente y Occidente aparecen como representaciones de una tensión mucho más amplia que atraviesa toda experiencia humana, una dinámica sobre el damero hermético del blanco y el negro. Esta reflexión adquirió un significado aún más profundo cuando volví a leer el episodio del dragón de siete cabezas.

El ritual identifica esas cabezas con el odio, la amoralidad, el orgullo, la mentira, el perjurio, la cobardía y la calumnia. Lo que me llamó la atención no fue únicamente la enumeración de estos defectos, sino el hecho de que el grado sitúe la verdadera batalla en el interior del propio iniciado. La observación resulta especialmente relevante porque existe una tendencia natural a identificar el mal exclusivamente fuera de nosotros. Resulta relativamente sencillo reconocer el orgullo ajeno, denunciar las mentiras de otros o señalar las actitudes intolerantes que observamos en nuestro entorno. Mucho más difícil es advertir la forma en que esos mismos mecanismos operan en nuestro interior. Tal vez por ello me resulta especialmente significativa la presencia de las siete virtudes asociadas al grado. Belleza, Dignidad, Honor, Respeto, Voluntad, Fortaleza y Sabiduría no aparecen como conceptos abstractos ni como simples ideales morales. Constituyen una arquitectura interior destinada a sostener al iniciado en medio de procesos de transformación que inevitablemente ponen a prueba sus convicciones.



A medida que avanzamos en la vida, todos atravesamos momentos en los que determinadas estructuras dejan de sostenernos. Algunas veces se trata de proyectos que no prosperan. Otras veces son relaciones, creencias o formas de comprender el mundo que ya no responden a las preguntas que tenemos delante.

En esos momentos surge la tentación de aferrarnos a lo conocido, incluso cuando sabemos que ha dejado de ser suficiente.

Los 7 sellos pueden interpretarse desde esa perspectiva. No representan únicamente etapas simbólicas. Hablan de aquellos momentos en los que debemos abandonar una forma anterior de comprender la realidad para permitir que emerja otra nueva. Se trata de un proceso que rara vez resulta cómodo, porque implica reconocer que algunas certezas que considerábamos sólidas ya no pueden acompañarnos en el camino que tenemos por delante.

Y necesariamente, tengo que referir al Papiro de los Muertos de los egipcios como regreso al esoterismo de Oriente. Ante la destrucción del cuerpo físico, la creencia es que el Ka y el Ba, espíritu y esencia, deben Iniciarse en un Pesaj (un pasaje), donde hay 7 jueces con la llave la vida (el Ankh), dispuestos a darles el pase, y otro 7 jueces que no la tienen ¿Como se debate el resultado? En la balanza de la justicia, con la pluma de la diosa Maat. Y siguiendo con esta lógica el 7 que es el número del maestro, es también el número de la muerte y del misterio, por lo que $7 + 7$ es la Eternidad.

Sin embargo, la enseñanza masónica no parece orientarse hacia la nostalgia por aquello que desaparece. Más bien nos invita a preguntarnos qué hacemos una vez que esa transformación se produjo. ¿Cómo respondemos cuando el mundo deja de parecerse a la imagen que teníamos de él? ¿Cómo actuamos cuando descubrimos que nuestras explicaciones resultan insuficientes? ¿Qué actitud adoptamos cuando la complejidad reemplaza a la simplicidad? Actitudes masónica, ¡qué difícil!

A lo largo de los años observé innumerables formas de destrucción. Algunas visibles. Otras silenciosas. Vi cómo ciertos relatos contribuyen a separar personas y comunidades. Vi cómo los prejuicios pueden consolidarse hasta parecer verdades evidentes. Vi cómo el miedo y la incomprensión alimentan divisiones que terminan pareciendo inevitables, con los de afuera, y en carne propia.

Pero también vi algo más... Personas capaces de seguir dialogando en medio del desacuerdo; comunidades que reconstruyen vínculos después de atravesar experiencias traumáticas; individuos que, aun conservando diferencias profundas, deciden no reducir al otro a una caricatura de aquello que representa.

Esas experiencias me llevaron a pensar que la reconciliación no constituye un estado final al que se llega de una vez y para siempre. Se parece más a una práctica permanente.

Exige disposición para escuchar, capacidad para revisar nuestras propias convicciones y voluntad para reconocer la humanidad del otro incluso cuando no compartimos sus ideas.

Por ello, cuando la masonería me habla de Oriente y Occidente, no percibo únicamente una referencia histórica o simbólica. Veo una invitación a asumir una responsabilidad. La responsabilidad de sostener espacios de encuentro incluso cuando la división parece más sencilla. Sabernos vivir en un mundo donde no hay *originarios*, como todos inmigrantes de algo. Si algo me ha enseñado este grado es que la verdadera obra del Caballero de Oriente y Occidente no consiste en elegir entre dos mundos enfrentados, sino en contribuir a que puedan reconocerse mutuamente sin renunciar a aquello que los hace diferentes. Y quizás esa tarea, tanto en la vida masónica como en la vida profana, constituya una de las formas más profundas de construcción que nos es dado emprender.



VHna Cecilia B. (*Valle de Europa*) – segunda contribución

Cuando hablamos de destrucción solemos pensar en guerras, colapsos económicos, crisis políticas o conflictos sociales. Las imágenes que vienen a nuestra mente son ciudades arrasadas, instituciones debilitadas o sociedades fragmentadas. Sin embargo, una mirada más amplia sobre la historia humana permite advertir algo inquietante: la destrucción no constituye una anomalía. Forma parte de la experiencia humana desde sus orígenes. Toda civilización nació sobre las ruinas de otra. Las ideas que una época consideró incuestionables terminaron siendo abandonadas por las generaciones siguientes. La historia también muestra algo más. Las sociedades rara vez comprenden el significado de los cambios que están viviendo mientras los atraviesan. Este espacio es para debatirnos no caer en el mismo vicio, y que no sólo con la distancia del tiempo resulta posible comprender donde destrucción y creación forman parte de un mismo fenómeno.

Antes de preguntarnos si Occidente está muriendo ¿qué es Occidente? La dificultad comienza porque la palabra se utiliza para designar realidades muy diferentes. A veces se refiere a Europa y América del Norte (hemisferio Norte, los *potencias*). Otras veces a la democracia liberal. En ocasiones al cristianismo, como religión dominante, aunque islam e hinduismo compartan números similares de fieles registrados. Otras al racionalismo, a la Ilustración o a la economía de mercado.

Quienes sostienen que Occidente atraviesa un proceso de declive suelen señalar cuatro factores principales. El primero es la pérdida relativa de poder económico y geopolítico frente al ascenso de nuevas potencias, especialmente en Asia, que cuestionan la hegemonía que Europa y Estados Unidos ejercieron durante los últimos tres siglos.

El segundo es una creciente crisis de confianza en las instituciones, visible en la polarización política, el debilitamiento de los consensos sociales, la desconfianza hacia los medios y el cuestionamiento de organismos nacionales e internacionales. Un tercer factor es la percepción de una crisis cultural e identitaria. Algunos autores sostienen que Occidente tiene cada vez más dificultades para definir un proyecto común y transmitir los valores que históricamente le dieron cohesión. Las tensiones entre tradición y cambio, universalismo e identidades particulares, o libertad y seguridad reflejarían esa búsqueda inconclusa. Finalmente, se señalan desafíos demográficos como el envejecimiento poblacional, las bajas tasas de natalidad y las dificultades para sostener los sistemas económicos y sociales desarrollados durante el siglo XX.

Quienes rechazan la idea del declive sostienen que Occidente no está muriendo sino transformándose. Señalan que la pérdida de hegemonía no implica necesariamente decadencia, sino la aparición de un mundo más multipolar donde otras regiones adquieren mayor protagonismo. También recuerdan que valores como la democracia representativa, los derechos humanos, la libertad de conciencia, la investigación científica y el pensamiento crítico continúan ejerciendo una enorme influencia global. Desde esta perspectiva, la capacidad de cuestionarse a sí mismo, revisar sus errores y adaptarse a nuevas realidades constituye una de las principales fortalezas de Occidente.

La Masonería nunca tuvo como misión preservar un orden determinado. Sobrevivió a monarquías, revoluciones, guerras, imperios, procesos de independencia, mutaciones económicas y cambios culturales de enorme magnitud. Ninguno de esos sistemas constituía su finalidad. Nuestro yo masónico nos aconseja *Prudencia* y *Templanza*. Quizás por eso la Masonería sigue siendo necesaria.

Su valor reside en que conserva un método sin fin para enfrentar la incertidumbre: escuchar antes de juzgar, reflexionar antes de reaccionar y a reconocer que la complejidad forma parte inevitable de la realidad.

La destrucción más preocupante de nuestro tiempo no es material, sino intelectual. Vivimos rodeados de información y, sin embargo, resulta cada vez más difícil distinguir entre conocimiento y opinión, entre hechos y propaganda. La velocidad de las comunicaciones, los algoritmos y las redes sociales favorecen respuestas inmediatas frente a problemas que requieren análisis y reflexión.

Como consecuencia, la simplificación se ha convertido en una práctica habitual, aunque sus efectos son profundamente destructivos: elimina matices, borra contextos y dificulta la comprensión del otro. Cuando desaparece esa capacidad de comprender, la confrontación comienza a parecer inevitable. Mi experiencia observando conflictos internacionales me enseñó que las guerras rara vez nacen de la ausencia de convicciones; suelen surgir cuando una verdad parcial pretende transformarse en verdad absoluta. En ese momento, el diálogo deja de ser posible y la destrucción aparece como la única respuesta imaginable.

En una época que impulsa constantemente a elegir bandos, la Masonería recuerda la importancia del discernimiento. En una época dominada por la inmediatez, reivindica el valor de la reflexión. En una época marcada por la fragmentación, insiste en la necesidad de construir puentes entre perspectivas diferentes. Quizás esa sea una de las formas contemporáneas de "unir lo disperso". Quizás el mayor riesgo para un masón no sea la posible decadencia de Occidente, sino identificarse de tal manera con una civilización que termine perdiendo la capacidad de observarla críticamente.

La Orden nació para formar seres humanos libres, no guardianes de un determinado orden histórico... Si Occidente atraviesa una, corresponde comprender sus causas, reconocer sus errores y preservar aquello que merece ser conservado. Pero también corresponde aceptar que ninguna civilización posee el monopolio de la verdad y que toda cultura contiene elementos valiosos y aspectos susceptibles de transformación.

El masón no debería comportarse como un defensor incondicional de una época, sino como un constructor capaz de trabajar en medio de los cambios sin renunciar a los principios que orientan su acción.



El **VHno Guillermo G.** nos hace llegar este texto impactante de **Carlos "el Indio" Solari** (un referente de opinión crítica frente a las crisis sociales en Argentina) quien murió recién, el pasado 5 de junio 2026:



"Hay un ruido de platos vacíos en la Argentina. Un sonido áspero. Como ascensores cayendo dentro de hospitales apagados (...)"

Y mientras desde arriba venden épica financiera con sonrisa televisiva, abajo la realidad mastica gente (...) Y todavía aparecen predicadores del ajuste diciendo que el sufrimiento "era necesario". Como si el hambre fuese una materia universitaria.

Los laburantes tampoco llegan.

El sueldo dura menos que un semáforo en verde.

El consumo se desplomó porque ya no se compra: se sobrevive.

La heladera parece un teatro abandonado después del saqueo.

Y en las calles hay persianas bajas como párpados cansados.

Construcciones detenidas. Fábricas respirando por tubos.

Comercios vacíos donde antes había olor a pan caliente.

Pero en la televisión hablan de libertad. Siempre libertad. Aunque millones estén cada vez más presos del miedo, de las deudas, de la angustia de perder el trabajo. Y entonces aparece el gran truco del circo: hacerte creer que la crueldad es valentía. Que insultar es gobernar. Que destruir es sincerarse.

Hay fanáticos aplaudiendo el incendio mientras el humo les entra por debajo de la puerta. Gente defendiendo verdugos porque aprendieron a odiar más de lo que aprendieron a pensar (...)

Lo verdaderamente oscuro es una sociedad agotada, partida, furiosa, que empezó a normalizar que le rompan el alma a los más débiles mientras le llaman "cambio" al derrumbe.

La Argentina no se está quedando sin plata solamente. Se está quedando sin alma. Sin paciencia. Sin futuro.

Y cuidado... porque cuando un pueblo ya no siente el dolor del otro, el monstruo deja de gobernar desde arriba. Empieza a vivir adentro de todos...

INDIO”

¿Como imaginar que frente al caos no se toquen temas sociales en logia, a pesar de lo que dicen los HHnos “regulares” de no hablar de política en Logia?

“La defensa de la vida humana no es una cuestión ideológica (...).

Es una cuestión de dignidad, justicia y civilización”.

Hasta el Papa León XIV lo dice... junio 2026

VHno Francisco A. (Valle de Ecuador)

Hablar de “masonería y tiempos de destrucción” supone, desde el inicio, enfrentarnos a una profunda paradoja: la masonería es, esencialmente, el arte de la construcción, sus símbolos, herramientas y enseñanzas están dirigidos a edificar, construir el templo interior del hombre, construir la fraternidad humana y construir una sociedad basada en la verdad, la justicia y la razón; sin embargo, vivimos una época donde el templo social parece resquebrajarse ante nuestros ojos.

Las columnas morales de la civilización se debilitan, los valores que sostuvieron durante siglos la convivencia humana son reemplazados por el culto a la apariencia, al dinero y al poder. La humanidad parece haber olvidado que toda obra durable necesita fundamentos éticos.

*Esta es la gran paradoja de nuestro tiempo: mientras la
masonería llama a construir,
el mundo profano parece empeñado en destruirse.*

No se trata únicamente de una destrucción material; Las guerras, las crisis económicas y la violencia son apenas manifestaciones visibles de una demolición más profunda: la destrucción espiritual y moral del hombre contemporáneo. El templo social se derrumba porque sus piedras han sido corroídas por la codicia, la mentira y el egoísmo.

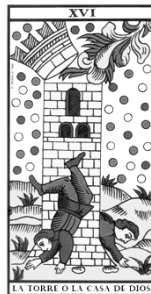
- **La destrucción del templo social:** En la tradición masónica, el templo representa mucho más que una estructura física. Es símbolo del orden universal, de la armonía entre los hombres y del perfeccionamiento humano. Pero hoy asistimos a la degradación progresiva de ese templo colectivo, así, la verdad ha dejado de ser un valor absoluto para convertirse en un instrumento manipulable. La mentira ya no se oculta, se exhibe con orgullo y se transforma en herramienta política, económica. El hombre moderno no busca necesariamente la verdad, busca aquello que confirme sus deseos, sus prejuicios o sus intereses.

La codicia, que antiguamente era considerada un vicio, hoy se presenta como virtud. El éxito material se ha convertido en medida de valor humano. El oro —símbolo ancestral de las pasiones inferiores y de la corrupción espiritual— vuelve a ocupar el centro del altar profano.

Resulta imposible no recordar aquí el antiguo símbolo del becerro de oro: la adoración del ídolo como sustituto de toda trascendencia. Nuestra época parece haber elevado nuevamente ese ídolo a la categoría de Dios.

No es casual que muchas figuras del poder contemporáneo recurran a la estética de la opulencia dorada como representación de grandeza, basta observar la imagen pública construida alrededor de Donald Trump, particularmente en espacios como Mar-A-Lago, donde el oro y la ostentación son utilizados como símbolos de triunfo y autoridad. La exaltación de la riqueza deja de ser un detalle decorativo y se convierte en mensaje ideológico y hasta religioso: el poder material como máxima aspiración humana; pero olvidan que toda civilización que sustituye la virtud por el lujo y la mentira sobre la verdad comienza lentamente su decadencia.

- **El “vacío” del hombre contemporáneo:** La pregunta vuelve con más fuerza todavía: ¿Por qué hemos llegado a este estado de decadencia civilizatoria? ¿Por qué asistimos a una crisis total del humanismo? ¿Por qué el hombre moderno, rodeado de tecnología, riqueza y comodidades materiales, parece cada vez más vacío, más ansioso y más desorientado? Posiblemente porque la civilización contemporánea ha construido gigantescos sistemas económicos y tecnológicos, pero ha abandonado el alma humana.



El hombre moderno vive inmerso en una profunda contradicción: nunca tuvo tanto acceso al consumo, a la información y al entretenimiento y sin embargo nunca experimentó niveles tan altos de angustia, soledad, depresión y vacío existencial.

El consumismo exacerbado empuja al hombre a perseguir una felicidad artificial, inmediata y superficial. Se consume no por necesidad sino para llenar vacíos internos y mientras más consume, más profunda parece volverse su insatisfacción. Es un abismo emocional disfrazado de prosperidad, pero vaciado de contenido; la carta de la Torre Arcano XVI simboliza esta crisis.

- **El individualismo como ruptura del vínculo humano:** Detrás de este fenómeno existe también una transformación cultural profunda, la lógica dominante ya no es la del “nosotros”, sino la del “YO”. La sociedad capitalista contemporánea exalta al individuo exitoso, al multimillonario, al hombre que acumula poder y riqueza aun cuando para lograrlo destruya a otros seres humanos en el camino, es más odia y desprecia al pobre y lo culpa por ser tal, fenómeno conocido como aporofobia.

El éxito dejó de medirse por la virtud o por el aporte al bien común, ahora se mide por la capacidad de dominar, exhibir y acumular y cuando desaparece la solidaridad, la sociedad comienza lentamente a desintegrarse, arrastrando a los mismos ricos a su destrucción.

No se puede entender una sociedad basada solamente en el egoísmo, una comunidad humana sólo puede sobrevivir si existe conciencia colectiva de progreso expresado en el desarrollo de la educación, salud, trabajo y oportunidades para todos.

El verdadero progreso ocurre cuando una sociedad avanza en conjunto; sin embargo, la lógica actual de los “libertarios” parece invertir completamente ese principio cuando se glorifica al hombre que “triumfa” individualmente aun cuando el entorno social se derrumbe a su alrededor y el resultado inevitable se traduzca en una fractura moral y social del colectivo.

- **La lucha espiritual de nuestra época:** Por eso, quizás, lo que está en juego actualmente no es únicamente un modelo económico o político, lo que se libra en nuestro tiempo es una lucha espiritual mucho más profunda: la antigua confrontación entre el bien y el mal - que muchos creyeron superada por el bien- vuelve a manifestarse bajo nuevas formas engañosas y destructivas. El bien entendido como: fraternidad, verdad, justicia, compasión, conciencia, dignidad humana; y el mal entendido como: codicia, manipulación, mentira, odio, deshumanización, indiferencia, dominación y destrucción del otro para beneficio propio.

El drama de nuestra época es que el mal ya no se presenta necesariamente de manera monstruosa o evidente, muchas veces aparece revestido de éxito, glamour, poder y espectáculo. La perversión moderna consiste precisamente en convertir antivalores en modelos admirables: caso típico: los narcos que ahora son empresarios y hasta políticos y la sociedad normaliza la existencia de estos grupos y los aplaude! Ese es el grado de descomposición moral y social que atravesamos actualmente; y estas conductas nos llevan a escenarios más peligrosos aun puesto que el hombre contemporáneo está perdiendo su capacidad de discernimiento entre aquello que lo eleva (el bien) y aquello que lo degrada (el mal).

- **La masonería como herramienta de resistencia:** Frente a esta oscuridad moral, la masonería representa una forma de resistencia profundamente humanista y nos recuerda que el hombre no puede reducirse a consumidor, productor o instrumento económico, y que al contrario, posee una dimensión espiritual, ética y trascendente que ninguna tecnología puede reemplazar.

Por eso la masonería insiste en la fraternidad universal, la búsqueda de la verdad, la tolerancia, el perfeccionamiento interior, el dominio de las pasiones y el servicio al bien común, porque la verdadera civilización no se construye únicamente con riqueza o progreso técnico, se construye formando hombres conscientes. La masonería entiende que cuando una sociedad pierde el sentido de humanidad, inevitablemente comienza su destrucción, aunque todavía conserve poder militar, económico o tecnológico.

- **La necesidad de reconstruir al hombre:** En este sentido, la gran tarea de nuestro tiempo no consiste sólo en transformar sistemas políticos o económicos, sino en reconstruir al hombre en torno a sus valores esenciales: su capacidad de amar, su sentido de comunidad, su conciencia moral y social y su dimensión espiritual. Es una reconstrucción que viene de su mundo interior, ninguna reforma exterior será suficiente mientras el individuo continúe “vaciado” internamente.

El carácter iniciático de la masonería recuerda al hombre que el verdadero templo que debe salvarse no es el de piedra, sino el templo interior de la conciencia humana; sólo así la humanidad podrá salir de esta barbarie sofisticada. En este proceso de reconstrucción, la masonería y sus valores juegan un rol fundamental; y no sólo la masonería.... todas las sociedades iniciáticas que confluyen en principios fundamentales y en la práctica de las virtudes fundamentales del hombre y su desarrollo espiritual, virtudes que durante siglos fueron consideradas pilares de toda civilización elevada: la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, la fraternidad, la humildad, la búsqueda de la verdad y el dominio de sí mismo; frente a las pasiones, el deseo ilimitado, la ambición sin límites, el narcisismo, la ira, el odio, la vanidad y la necesidad permanente de reconocimiento.

La sociedad moderna alimenta el ego; las sociedades iniciáticas intentan disciplinarlo.

La sociedad contemporánea impulsa la competencia extrema; las órdenes iniciáticas enseñan fraternidad. El mundo profano glorifica la apariencia; el iniciado busca la esencia, allí reside precisamente su valor en tiempos de destrucción. El Mago representado en el Arcano I del Tarot simboliza esa manifestación, ese potencial de transformación.



- **El símbolo frente al vacío moderno:** Otro aspecto fundamental de la masonería y otras sociedades iniciáticas es que devuelven al hombre el sentido del símbolo, de la trascendencia, y, en definitiva, el sentido de la vida. El hombre moderno vive atrapado en una realidad excesivamente materialista; todo debe ser inmediato, visible y utilitario. Se pierde así la capacidad de contemplación y de profundidad espiritual. Las sociedades iniciáticas recuerdan que el ser humano necesita algo más que consumir y producir, necesita sentido de vida: quién soy, de dónde vengo, hacia dónde voy, en definitiva el propósito de su existencia. Sin esas preguntas, la vida se vuelve mecánica y vacía. Por ello la iniciación representa simbólicamente una muerte y un renacimiento. El iniciado abandona una visión superficial de la realidad (el falso conocimiento, el mundo profano) para comenzar un proceso de despertar interior (mundo espiritual o sagrado). La masonería no entrega verdades absolutas; entrega herramientas para que el hombre construya conscientemente su propia elevación moral y espiritual.

- **Reconstruir la fraternidad humana:** La fragmentación social contemporánea ha aislado profundamente a los individuos. El hombre moderno está rodeado de conexiones digitales, pero muchas veces carece de vínculos humanos reales experimentando una enorme soledad existencial. La masonería intenta restaurar justamente aquello que el individualismo destruye: la solidaridad, la ayuda mutua, el reconocimiento del otro y el sentido de pertenencia a la comunidad humana. El iniciado comprende que el progreso individual carece de sentido si no contribuye también al colectivo. La elevación personal debe ir acompañada de responsabilidad social.
- **La esperanza en medio de la decadencia:** Por ello, aún en medio de esta crisis civilizatoria, existe esperanza. Mientras existan hombres y mujeres dispuestos a trabajar sobre sí mismos; mientras existan espacios dedicados al cultivo de la verdad, de la fraternidad y de la conciencia; mientras sobrevivan escuelas iniciáticas comprometidas con la elevación humana, la oscuridad nunca será absoluta. La masonería y las demás tradiciones iniciáticas representan una reserva moral y espiritual de la humanidad. Al final, la verdadera reconstrucción del mundo comienza siempre con la reconstrucción interior del ser humano, sin embargo, para volver al origen, el ciclo debe llegar a su término, que es la destrucción, la Torre, Arcano XVI del Tarot simboliza dicho proceso.

Conclusión: la esperanza después de las ruinas... Pienso que a pesar de todo, el hombre sobrevivirá y resurgirá cual ave fénix de entre las cenizas, pero siempre será para volver a aprender lo aprendido, y eso precisamente es lo incomprensible de la humanidad: el gran Karma que se repite una y otra vez al no aprender el horror de la guerra, el horror de la codicia, el holocausto, el horror del poder malentendido.

Pero asistiremos ciertamente al renacimiento de un nuevo ciclo hacia el *DESPERTAR DE LA CONCIENCIA*. La carta de El Mundo Arcano XXI, representa este proceso de iluminación, equilibrio y paz interior. Asistimos al final de un gran ciclo histórico, las señales de decadencia son visibles: la fragmentación social, la exaltación de la codicia, la miseria humana, las guerras, la corrupción, la crisis espiritual, el vacío existencial de la civilización contemporánea; sin embargo, el final de un ciclo no significa necesariamente el final de la humanidad y en eso debemos ser optimistas y confiar en los seres humanos y en nuestros hermanos mayores; no todo está perdido y aunque el hombre tropiece una y otra vez con sus propias sombras y demonios, también posee la capacidad de levantarse, reconstruirse y renacer como lo manifiesta la carta de la Muerte Arcano XIII, aunque para ello deba atravesar nuevamente por el fuego de sus propias contradicciones, posiblemente ante tanto dolor y tanta oscuridad, finalmente comprenda que el verdadero progreso no consiste en dominar al mundo sino a sí mismo.



VHna Marianne A. (Valle de Europa)

*LA TERMODINAMICA Y EL PORQUÉ LA DESTRUCCION TIENE EN
SU SENO EL REMEDIO*

La termodinámica describe el comportamiento de la energía en sistemas físicos, pero sus conceptos — trasladados metafóricamente— ofrecen nuevos ángulos de reflexión a nuestros cuestionamientos sobre el sentido de la existencia humana.

El mundo contemporáneo, con su mezcla de crisis, creatividad y transformación, puede leerse como un sistema donde coexisten dos fuerzas simbólicas: la entropía, que dispersa, desgasta y desordena, y la exergía, que concentra, orienta y permite construir. Estas dos nociones, lejos de ser simples analogías, ofrecen un marco para pensar la ética de la responsabilidad colectiva y la posibilidad de reconstrucción en tiempos de incertidumbre.

La ENTROPIA, en física, mide la dispersión de energía y explica la irreversibilidad de los procesos. En el plano filosófico, se convierte en una imagen poderosa del agotamiento que atraviesa tanto a individuos como a sociedades. Trasladado a la vida humana que tiende naturalmente al desgaste (se podría hablar de “entropía existencial” en este caso) se podría decir que esta dispersión erosiona la atención, que la saturación informativa dispersa el sentido, que el cansancio emocional fragmenta la identidad. La entropía despilfarra la fuerza vital, olvida lo esencial y, paradójicamente, empuja hacia la inercia.

Yendo hacia lo macro, las sociedades también se desordenan: instituciones pierden legitimidad, vínculos comunitarios se diluyen, discursos se transforman en ruido. La entropía social no es solo caos: es la dificultad de convertir energía colectiva en acción significativa.

Es aquí que surge un viento contrario, expresado en una palabra poco conocida LA EXERGIA. Si la entropía es la tendencia a la dispersión y al desgaste, la exergía es la capacidad de un sistema para producir trabajo útil, es decir, para transformar la realidad. En términos humanos, la exergía es la energía con sentido: la atención enfocada, la creatividad orientada, la voluntad que se convierte en acción... No toda energía psíquica es exergía, lo es solo aquella que puede producir un cambio real.



Una sociedad con alta exergía es aquella capaz de coordinar esfuerzos, generar proyectos comunes, transformar crisis en oportunidades. Ella contiene el potencial ético que genera la capacidad de actuar con dirección y propósito.

Shakti, principal divinidad representando, en la mitología india, la energía en su forma la más pura : fuerza creativa, poder y animación del universo.

En conclusión, la vida, tanto individual como colectiva, es un equilibrio inestable entre desgaste y creación. Esta tensión es la base de una ética que reconoce la fragilidad del orden, la necesidad del esfuerzo, la importancia del sentido. Si bien eliminar la entropía es imposible, gestionar su avance y cultivar espacios de exergía no lo es. Llevar entropía y exergía al terreno filosófico puede ser un jueguito conceptual que puede abrir nuevas vías de reflexión partiendo desde la termodinámica. No porque ella “explique” la vida humana, sino porque ofrece metáforas potentes para pensar el cambio, el sentido, el orden y el desgaste.

Esta masonería a la cual estamos apegados y que contra viento y marea tratamos al mismo tiempo de sostener y que nos sostenga, expresa metafóricamente en su mosaico, entre blanco y negro, las contradicciones que la agitan en su propio seno. ¿Seremos nosotros, masonas y masones, buenos saltimbanquis para caminar en el hilo de tantos aires contrarios sin caernos? ¿Podremos luchar contra la entropía masónica en donde divaga una universalidad ilusoria o concentrarnos en tomar consciencia de la exergía, esa energía que puede producir cambios?

En términos termodinámicos, es posible. Y aunque la exergía destruida no puede recuperarse, el análisis de la exergía permite reconstruir o identificar dónde mejorar un proceso para recuperar eficiencia. No es reconstrucción física, sino reconstrucción del potencial útil porque la masonería ha sido capaz de un rediseño.

Individualmente, para cada uno de nosotros, tiempos de destrucción son tiempos de cambios; la reconstrucción comienza también por rediseñarse uno mismo, porque los tiempos, como la vida, son constante cambio y movimiento.



La leyenda de Holger Danske



La leyenda cuenta que, bajo el castillo de Kronborg, un viejo caballero duerme con su espada sobre las rodillas. No es un sueño de abandono, sino una promesa: si Dinamarca enfrenta un peligro mortal, Holger despertará para defender su país.

Antes de ser héroe danés, Holger fue *Ogier*, caballero de los cantares de gesta. Su figura viajó por Europa, mezclando

raíces francesas, germánicas, escandinavas y artúricas.

Esta migración muestra que las leyendas nunca pertenecen a un solo pueblo: se transforman y se enriquecen al cruzar fronteras.

En el siglo XIX, *Hans Christian Andersen* convierte a Holger en símbolo de la conciencia nacional. El héroe despierta cada vez que un danés actúa con valor, inteligencia o fidelidad.

La enseñanza iniciática es que no se trata de esperar a un salvador externo, sino de despertar el coraje interior. La ubicación subterránea del héroe tiene un sentido iniciático: toda transformación comienza con una descenso a la oscuridad, como en el gabinete de reflexión o la obra al negro alquímica. Allí la fuerza se purifica, aprende la paciencia y se vuelve consciente.

La espada del héroe, reposando horizontalmente, simboliza una fuerza disponible pero controlada. La espada y el escudo representan la unión de acción y protección, decisión y resistencia. El héroe verdadero actúa sin violencia gratuita y protege sin miedo.

El mundo moderno valora la reacción inmediata, pero Holger enseña el silencio de maduración, la espera justa y el discernimiento. Sin embargo, esta espera no debe convertirse en excusa para la inacción: la pregunta no es cuándo despertará Holger, sino qué parte de nosotros sigue dormida.

En la iniciación masónica, el aprendiz descubre que vivía en una forma de letargo. La iniciación no le da ni la verdad ni la luz, sino la *capacidad de abrir los ojos*. El Templo es como la cámara subterránea: un lugar para ordenar el pensamiento.

Durante la ocupación alemana, un grupo de resistencia tomó el nombre de Holger Danske, mostrando cómo una leyenda puede despertar conciencias. Pero el mito no debe alimentar nacionalismos excluyentes: Holger es símbolo universal de la *resistencia a la opresión*.

La leyenda enseña que la fuerza debe interiorizarse antes de ser fecunda, que el retiro puede preparar la acción, que debemos proteger lo que nos ha sido confiado y que ningún salvador puede reemplazar la *responsabilidad colectiva*.

Como en el drama de Hiram, lo esencial nunca muere: cambia de forma y espera ser reencontrado. El verdadero peligro no siempre es un ejército invasor, sino la mentira aceptada, la injusticia normalizada, el silencio indiferente.

En esos momentos, ¿el deber no sería saber levantarse?

VHno Herve P. (Valle de Europa)

¿Hacia una destrucción creativa de la masonería tradicional?

Estamos viviendo actualmente grandes cambios sociales, pero hay que admitir también que, todavía, nuestro mundo se rige por un sistema que se organizó por siglos en torno a la historia de los imperios, la dominación y la hegemonía occidental. Nuestra sociedad se basa en la noción de lucha y de superioridad, pensando que este modelo se puede imponer a personas consideradas inferiores o más débiles... La masonería que promueve la igualdad debería estar en contra de este modelo... Sin embargo, el patriarcado, el colonialismo y la masonería están históricamente vinculados, porque son sistemas contruidos sobre la jerarquización de individuos y la ideología del universalismo, temas que se han utilizado para justificar la exclusión, la asimilación y la explotación. ¿Una paradoja?... El sistema se basó por años sobre la idea paternalista de que el hombre blanco occidental debe "educar" y "guiar" no solo a las mujeres, sino también a todos los pueblos.

En América Latina, la convergencia entre el patriarcado y la masonería tomó un giro único. Las logias no solo acompañaron al imperio allí - que sea el imperio español o el inglés. Estuvieron en el corazón de las guerras de independencia y la construcción de estados-nación en el siglo XIX. Entonces, sería interesante analizar más a fondo esta historia y entender cómo sigue influyendo en nuestras logias hoy en día. ¿Podríamos pensar en algunas vías de reflexión para contrarrestar este legado?

- Tratemos analizar todas las *formas de dominación*, por ejemplo, la cultura de poder occidentalizada frente a la defensa de tierras indígenas, lenguas y cosmologías. Otro enfoque podría ser el feminismo "blanco y urbano" que no responde a las realidades de las mujeres del pueblo.

También, dado que los espacios de poder fueron construidos por y para élites masculinas, ¿no sería bueno la reapropiación de estos lugares en un enfoque mixto y multi-cultural?

- ¿No sería positivo que la hegemonía cultural impuesta por la modernidad occidental sea de(re)construida?... valorando el conocimiento ancestral; destacando a líderes racializados (incluyendo mujeres) que participaron en la independencia, pero que fueron borrados de las narrativas oficiales escritas por las élites masculinas de la época.
- ¿No sería posible redefinir la universalidad (descolonizando el ideal de la Ilustración), pasando del universalismo a la "*diversalidad*"? El universalismo del siglo XVIII consideraba la razón (y el interés económico) como la única verdad, justificando la "misión civilizadora" occidental. Una masonería descolonizada ¿no debería reconocer que existen muchas formas legítimas de pensar sobre el progreso, la espiritualidad y la ética. La búsqueda de la verdad podría enriquecerse con conceptos indígenas como el Buen Vivir o el respeto a la Madre Tierra, en lugar de aferrarse exclusivamente a textos filosóficos europeos.
- ¿No deberíamos utilizar un *lenguaje* simbólico más inclusivo? Los rituales tradicionales utilizan una gramática profundamente masculina. Revisitar también el mito de los constructores: la mampostería valora la geometría, el orden y la dominación de la razón sobre la materia. Pero, construir el "Templo de la Humanidad" no debe significar la destrucción o domesticación de la naturaleza, sino la búsqueda de un equilibrio duradero con ella. Miremos también el valor de las palabras: en lugar de hablar de fraternidad, ¿no podríamos fijarnos en la terminología de *adelfia*? Sustituir esta palabra por *adelfia* implica reconocer al otro no desde una posición de "pater civilizador", sino desde una estricta reciprocidad.

En resumen, para estar en sintonía con las luchas actuales, ¿no debería la masonería aplicarse sus propias herramientas? tallar su propia "piedra bruta", morir para renacer, eliminando los restos del colonialismo y el patriarcado que han alterado su ideal de emancipación humana.



TIEMPOS DE DESTRUCCION

Reina un rumor antiguo en el corazón del mundo
Un soplo que deshace
Una corriente que dispersa
Como si todo lo creado llevara en sus venas
La nostalgia de volverse polvo.
Ese rumor, la gran deshiladura
La que toma lo que amamos
Y lo vuelve bruma
La que afloja los nudos
La que abre grietas en los muros
Y en los días

Es el cansancio de las cosas
La caída lenta de los significados
El desorden intimo que crece en silencio
Como la hierba entre las ruinas.

Pero en la caída, en el centro del caos,
Cuando el mundo parece rendirse
A la destrucción perpetua
Otra fuerza
Más frágil, más humana
Resucita del fango de los tiempos
Es el arte de concentrar el fuego
De reunir lo disperso
De convertir el simple calor de estar vivos
En una chispa que mueve montañas.
Es la palabra que ordena
La mano que repara
El gesto que reúne
Es la voluntad que se levanta
La que no se pierde en ruido
De palabras sin eco
La que no se derrama en sombras
La que se vuelve acto
Creación, mundo.

Y así vivimos
Entre la caída y el impulso,
Entre la destrucción que avanza
Y la reconstrucción que insiste.
Somos criaturas de frontera:
Mitad ruina, mitad arquitectos
Del Templo de la Humanidad
Y de nosotros mismos.

MAU

VHna Hanny (*Valle de Ambato - Ecuador*)

La humanidad se enfrenta a crisis sistémicas: destrucción ambiental, guerras interminables y profunda polarización social. Destrucción es la acción y efecto de dañar, deshacer o eliminar algo hasta el punto de perder su forma, utilidad o existencia. Implica la ruina o aniquilación de elementos materiales, o inmateriales.

El ser humano destruye por una mezcla de evolución y dinámicas socioeconómicas. Biológicamente, los impulsos agresivos provienen de mecanismos de supervivencia ancestrales. ¿Por qué los seres humanos nos destruimos entre nosotros?...

La violencia nos rodea, el fusil se impone.

Se viven momentos convulsos y muy delicados que anuncian tiempos aún más complicados e incluso, hay quien afirma que se están viviendo los primeros momentos de una Tercera Guerra Mundial. La guerra es la enemistad y el odio, la ocasión para que se despierte y triunfe el fermento de las malas pasiones. Los grandes contingentes militares son el medio, el instrumento a favor del cual la guerra se realiza. Pienso que una política pacífica no arraigará nunca mientras existan esas fuerzas enormes merced a las que los países se amenazan, se asechan y dan aliento a los deseos de revancha, de predominio, de despojo recíproco.

La actividad humana tiene también un impacto negativo en el medio ambiente; el primero es la contaminación: contaminación atmosférica, contaminación del agua, contaminación del suelo.

Pero, la palabra destrucción posee antónimos: construcción, reconstrucción o creación. En masonería, destrucción y reconstrucción son conceptos alegóricos fundamentales que simbolizan el progreso, representan el proceso de despojarse de dogmas y prejuicios propios (destrucción o desbaste) para luego volver a edificar.

Para René Guénon, el carácter iniciático de la Masonería era indudable a pesar de su paulatina decadencia. Afirmaba sin ambages que *“de todas las organizaciones con pretensiones iniciáticas que están actualmente extendidas en el mundo occidental, no hay más que dos que, por decaídas que estén una y otra a consecuencia de la ignorancia y de la incomprensión de la inmensa mayoría de sus miembros, se puede reivindicar un origen tradicional auténtico y una transmisión iniciática real; estas dos organizaciones son el Compañerazgo y la Masonería”*. Sin embargo, reconocía que *“Ningún grado conocido enseña ni desvela la verdad. Solamente aligerará el velo... Los grados que se practican hasta hoy, produjeron Masones y no iniciados”*.

En efecto, la Masonería contemporánea se encuentra a veces más preocupada por su proyección social exterior que por el progreso interior de sus miembros; con ello, tiene el riesgo de perder paulatinamente su carácter iniciático... En este escenario de luces y sombras (propio del siglo XXI) la Masonería se encuentra nuevamente ante una encrucijada. Como en los grandes momentos de la historia, se le exige no ser un refugio nostálgico, sino una conciencia viva del mundo. No un museo de símbolos, sino un laboratorio del espíritu.

Empleando el simbolismo se diría que el paso del “exterior al interior”, equivale al paso de la multiplicidad a la unidad, de la circunferencia al centro, en donde el ser humano puede elevarse a estados superiores y tomar posesión o hacer efectiva su verdadera esencia.

A lo largo de esa historia, la Masonería se ha adaptado constantemente, desde la forma cruda del oficio practicado en el siglo XVIII, cuando las Logias a menudo se reunían en tabernas y ayudaban a generar fervores revolucionarios.

Reconstruir no es algo sencillo. Se necesita actualizar toda su visión del mundo. Para una organización tan impregnada de tradiciones como la masonería, eso invita a un nivel de examen de conciencia. Pero el renacimiento masónico prácticamente requiere que sus miembros piensen en la reinención para pulir constantemente la piedra en bruto y convertirla en piedra pulida.

Al cambiar individualmente, se puede cambiar la sociedad; este enfoque persona por persona hace eco de conceptos como Tikkun olam, o alquimia espiritual, capturada en la frase el “cambio comienza conmigo”. Según Andy Stock, “Necesitamos trabajar en nuestra vida interior más que nada” quien invoca el principio indio de Ahimsa (no violencia hacia otros seres vivos). *“Que sea una necesidad evolutiva mover a la raza humana hacia una conciencia que entienda y practique eso”.*

La Masonería no está llamada a sobrevivir, sino a iluminar, a recordarle al ser humano que su misión no es dominar el mundo, sino comprenderlo; no es conquistar la materia, sino liberarse de su servidumbre interior. Esto es especialmente resonante para una fraternidad cuya alegoría central gira en torno a nuevos comienzos y renacimientos. Como institución, la Masonería ha pasado muchas veces por ciclos de muerte y renacimiento. La masonería, con su alcance global, con sus fundamentos éticos, está llamada a responder, a ir más allá de la mera caridad y el ritual simbólico, proponiendo formas concretas en que los masones pueden unirse para abordar estos problemas modernos y convertirse en una verdadera fuerza para el cambio global positivo.

Porque la mayor dignidad del ser humano, su facultad más esencial y peculiar, el secreto más íntimo de su humanidad, es su capacidad de amar.

VHno Julio O. (Valle de Europa)

Era el primer día de clase en la opción ciencias que había elegido para mi bachillerato. En el pizarrón estaba escrito en mayúsculas:

«NADA SE CREA, NADA SE PIERDE, TODO SE TRANSFORMA»

Las primeras palabras del flamante profesor invitaban a los alumnos a expresar lo que pensaban de esa frase. Embebido de la juvenil rebeldía de los años 68, levanté la mano para decir: que ella me hacía pensar en los últimos gobiernos; fueran quienes fueran los políticos de turno, nada cambiaba, todo era siempre lo mismo: «autoritarismo».

Me costó la expulsión de la clase.

Abordar el tema «tiempos de destrucción» nos obliga a definir que entendemos por destrucción. ¿Se trata únicamente de la acción de destruir, de hacer desaparecer el objeto? o más bien de un proceso de transformación, tal cual Lavoisier lo enunciaba en el campo de la química? La conceptualización y sus implicaciones, ¿son las mismas en el ámbito de la materia, de las sociedades y sus culturas, en el universo de las ideas, de las emociones y la espiritualidad?

Mirando hacia el pasado, constatamos, que la mayor parte de las civilizaciones han vivido procesos históricos marcados por periodos de crecimiento, de auge y de colapsos, para finalmente dar lugar a otras formas de organización sociocultural. Con toda pertinencia, podemos también preguntarnos si existe una «ley» que predetermina o dirige dicha forma de evolución de las sociedades, de la recurrencia de los «tiempos de destrucción» a través de la historia.

En el ser humano, como posiblemente en todas las especies vivientes, existe lo que se denomina «la apoptosis», es decir la muerte programada. El ser humano lleva en su genética un verdadero «reloj de arena», que determina su evolución vital, a pesar de las modificaciones que la ciencia y la medicina moderna le aportan.

Destrucción- transformación constituye una dualidad de contrarios que jalona no solamente el proceso evolutivo de los seres vivientes, sino también la historia de las civilizaciones y sociedades humanas.



Un ejemplo muy ilustrativo, es el catabolismo-metabolismo óseo en el ser humano y los animales, proceso en el cual es necesario que los «osteoclastos» destruyan el hueso para que concomitantemente los «osteoblastos» lo reconstituyan dando lugar a un hueso de mejor calidad, más resistente; Sinergia positiva genéticamente predeterminada.

Volviendo al plano societal, podríamos preguntarnos si la humanidad necesita atravesar situaciones «apocalípticas» para encontrar las motivaciones o la necesidad de renovarse. Afirmación difícil de aceptar, puesto que ella nos podría llevar a concluir que la paz y la armonía no hacen que enlentecer, por no decir frenar, su proceso hacia una transformación positiva.

No obstante, debemos reconocer que muchas veces los periodos de destrucción, como las guerras mundiales y los conflictos políticos-militares actuales, pueden constituir un motor de renovación, de autocrítica y de enseñanzas sobre la capacidad de adaptación et de resiliencia del individuo y de las sociedades. Ellos no son procesos que se reproducen siempre de manera mecánica y automática, ya que la mayor parte de las veces están mediados por decisiones humanas, ellas mismas condicionadas por contingencias históricas, económicas, geopolíticas o ideológicas.

Me permito abrir un paréntesis para hacer referencia a las civilizaciones mesoamericanas precolombinas (mayas, aztecas y toltecas).



En ellas, el tiempo no se concebía de manera lineal sino como una sucesión de ciclos, y la destrucción como un punto de inflexión que abría el paso hacia un nuevo ciclo, una etapa necesaria al renacimiento y a la fertilidad. Esta interpretación hacia parte de una cosmovisión que integraba la naturaleza, el tiempo y la intervención divina.

¿Podemos afirmar que toda destrucción es siempre benéfica a largo plazo y que siempre nos conduce a una resiliencia positiva? Pienso que no, a veces ella desemboca en el caos, en la pérdida de nuestro horizonte, y de la luz en la percepción del mundo exterior y espiritual. A veces, una ilusión destruida no da lugar a una transformación positiva, no siempre logramos resiliencia positiva frente a lo que hemos perdido.

Muchas son las razones por las cuales podemos pensar que el mundo actual, atraviesa un nuevo ciclo de destrucción: globalización de los conflictos, genocidios, racismo, destrucción del medio ambiente responsable de crisis climáticas importantes, la internacionalización del narcotráfico y de sus efectos sociales y humanos nefastos, los autoritarismos políticos, los fanatismos ideológicos oscurantistas. Asistimos a una pérdida de los valores esenciales de una sociedad humanista, solidaria y tolerante.

Frente a este mundo en crisis, ¿qué puede hacer la Francmasonería? ¿cómo debería posicionarse?

Ciertamente, a diferencia de la Francmasonería de los siglos XVIII y XIX, no somos ni reyes, ni nobles ilustres, ni presidentes de naciones o grandes generales.

Poca o nada es nuestra incidencia en las grandes decisiones, políticas tanto en lo nacional como en lo internacional. Tampoco somos un partido político o un sindicato. No obstante, ello no justifica el recluirnos en una pasividad confortable, de conformarnos con una actitud meramente intelectual y especulativa. Pienso que nuestro deber es de reaccionar y actuar tanto en el plano personal como social. Trabajar sin descanso nuestra piedra bruta buscando ser algo mejor aún, tomar consciencia de la importancia de la transmisión de nuestros valores e idéales en el entorno profano, buscando la coherencia de nuestros discursos con nuestros actos.

Es tiempo que la FM, se abra hacia el mundo profano, a través de los espacios que él nos ofrece, de los medios de comunicación y redes; teniendo siempre en consideración las particularidades y de las normas de discreción propias a cada ámbito.

Los grados capitulares y filosóficos son verdaderas herramientas que nos permiten interpretar y situarnos en el mundo en el cual vivimos. Ellos nos dan «llaves» con las cuales abrir puertas y guiarnos en la búsqueda del camino por el cual transitar y actuar en el mundo profano. Aunque siempre sea una decisión personal, el camino lo construimos marchando unidos.

Hoy en día, a más de medio siglo de distancia, aun resuena en mi la frase del flamante profesor de ciencias. Sin renunciar ni pretender destruir mi visión del pasado, soy consciente que se ha ido transformando bajo una nueva perspectiva. Perspectiva creada a la luz de los valores e ideales masónicos y del trabajo colectivo de nuestras reflexiones. Hoy por hoy, puedo decir que comprendo mejor el sentido profundo de aquella frase, que en su aparente mutismo proyectaba un invisible mensaje.

«NADA SE CREA, NADA SE PIERDE, TODO SE TRANSFORMA»

VHno Jorge M. (Valle de Ecuador)

¿Por qué es destrucción? ¿Se está destruyendo el orden establecido para la convivencia de las naciones desde 1945? ¿Se está destruyendo la estructura de pensamiento actual? ¿Se está destruyendo el pensamiento crítico? ¿Es a propósito o es el sistema que tiende hacia ello? ¿Qué se está destruyendo? ¿Es realmente malo destruir o esto es más bien una de-construcción?

Me hago todas esas preguntas y no encuentro respuestas fáciles, quizá esa sea la primera pista de que algo está pasando realmente, porque vivimos en la época con más acceso a información de toda la historia de la humanidad y sin embargo nunca antes había sido tan fácil tragar lo inaceptable y lo falto de sentido común, esa contradicción me parece que es la clave de todo.

En este momento se está despreciando el sistema de leyes internacionales que regulan la convivencia entre naciones — ese edificio normativo construido sobre las cenizas de 1945 — y una parte importante de la gente lo acepta, lo aplaude o peor aún lo ignora, en todas partes y en todos los bandos, y yo me pregunto: ¿cómo es posible que teniendo más datos, más análisis, más voces, estemos perdiendo capacidad de crítica? La respuesta me parece que no es política ni económica, es más profunda, es cognitiva, es simbólica, y creo que el masón tiene herramientas para entenderla.

Traigo una interpretación simbólica de "Tiempos de destrucción" a la conciencia concreta a través del Tarot: la carta central es **La Torre**, a su lado izquierdo encuentro a **El Diablo** y al lado derecho a **La Muerte**; juntas me dan una perspectiva que surge desde algún lugar para decirme que son tiempos de cambios bruscos, de cambio de paradigmas, de choque entre aquello que estaba instituido en mi mente como verdad y la nueva realidad.

En La Torre, un rayo cae del cielo para destruirla a ella y también a sus habitantes, modernamente esa torre es considerada como nuestras creencias centrales — muy psicológico y muy racionalista, no hay castigo divino aquí — esas personas que caen son nuestros yoes, al estilo de Ouspensky, esa fracción de nuestra identidad que en algún momento creemos ser y que se presenta como un monolito erguido en sus pies de piedra dura desafiando el tiempo, pero el rayo no pregunta, el rayo cae, y el mundo que conocíamos se derrumba con todo adentro.



A La Torre le precede El Diablo, no podía ser de otra forma, el impulso principal de los cambios son las ataduras, imaginarias o reales, que provocan la ruptura; el Diablo ejemplifica bien los tiempos: los deseos que no son del todo conscientes, el progreso a veces sin consideraciones del capricorniano, signo astrológico del Diablo, el autoengaño y la ilusión que trae lo aspiracional en la sociedad, que ahora tiene el nombre de “algoritmo”, aquel mecanismo que secuestra nuestra atención y nos obliga a hacer scrolling interminable (doom scrolling)

sin que nos demos cuenta, de inteligencia artificial que captura nuestra capacidad de decidir, de marketing que convierte el bienestar en exclusivamente el éxito económico.

Cierra el ciclo de la tirada de cartas, la Muerte, un cambio que ya es inevitable y un cierre de este período, en un universo cíclico de muerte y renacimiento; en el Tarot de Rider la imagen de La Muerte se enseñorea tal cual jinete del apocalipsis sobre un campo de cadáveres— de ninguna manera mejor retratado — es el desenlace de lo precedente, una transformación profunda que no pregunta si estamos listos, solo llega.

Hay tres destrucciones simultáneas, creo yo, una dentro de otra, como esas muñecas rusas: La primera es ese orden internacional post-1945, la Carta de la ONU, la Declaración Universal de Derechos Humanos, las convenciones de Ginebra, todo ese andamiaje jurídico que parecía sólido se está agrietando, no porque antes funcionara perfectamente, muchas veces funcionaba mal y aún funciona mal, es colonial en sus orígenes y selectivo en sus aplicaciones, algunos genocidios muy actuales se pasan por alto, el problema es que hoy por primera vez en décadas hay un consenso implícito en que las reglas no importan, y ese consenso no viene de las élites con sus intereses, no únicamente, viene de abajo, la gente lo acepta y muchas veces lo aplaude, entonces me pregunto ¿por qué?

La segunda destrucción, y quizá la más grave, es la pérdida de la capacidad de pensamiento crítico, porque hemos ido perdiendo la herramienta fundamental para sostener cualquier orden, esa capacidad de pensar lento, deliberante, verificador, aquel pensamiento que cuestiona. Daniel Kahneman y Amos Tversky — esos



dos psicólogos que en 2011 nos regalaron el maravilloso libro *Pensar rápido, pensar despacio* — nos explican que tenemos dos sistemas nacidos de la evolución en capas superpuestas, el Sistema 1 que es rápido y automático y no requiere esfuerzo, lo que nos ayudaba a salir corriendo instantáneamente y el Sistema 2 que es lento y deliberante y trabajoso, y el ser humano usa el Sistema 1 por defecto porque es más fácil, eso no es nuevo, lo nuevo y lo grave es que el algoritmo ha aprendido a secuestrar el Sistema 1.

Las redes sociales no crearon el sesgo de confirmación — eso existe desde que el primer homínido prefirió creer lo que le convenía y le era útil para sobrevivir — pero lo optimizaron industrialmente. El algoritmo nos muestra aquello que confirma lo que ya pensamos en dosis crecientes, basta un solo clic en un reel de éxito económico y ya tienes más reels de éxito económico hasta que el mundo se reduce a eso, y cuando el Sistema 1 está permanentemente secuestrado, el Sistema 2 deja de ejercitarse como un músculo que se atrofia, y entonces ya no es que la gente no quiera pensar, es que ya no puede.

La tercera destrucción es la del bien común como horizonte: cuando cayó la URSS — independientemente de lo que cada uno piense de ella — cayó también en el imaginario global la legitimidad del discurso del bien común, lo colectivo quedó asociado al fracaso, lo personal al éxito. Tres décadas después, el algoritmo ha hecho el resto: el bienestar se define como consumo, la felicidad como estatus, la fraternidad como networking. Hemos reemplazado la fraternidad por el individualismo y el individualismo cuando se vuelve sistema no produce libertad, produce soledad y vulnerabilidad al poder. Y todo esto se acelera con la inteligencia artificial aparecida en 2023, ella no inventó este panorama, pero lo aceleró, porque si el algoritmo secuestra el Sistema 1 la IA ofrece una delegación completa del Sistema 2, lo anula y reemplaza, ella dice: "no pienses, yo pienso por ti", ella dice: "no investigues yo resumo", ella dice: "no dudes yo respondo"...

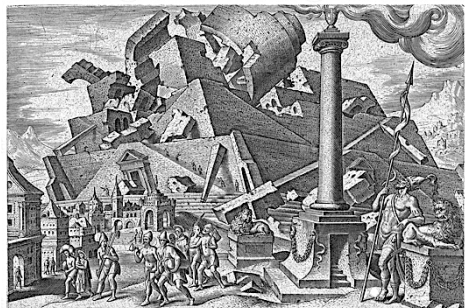
No es que la IA sea mala en sí misma, el problema es que llega en el peor momento, cuando ya íbamos atrofiando el músculo del pensamiento crítico desde hace unas décadas, es como ofrecer una silla de ruedas a alguien que va dejando de caminar porque duele y es incómodo, no es una ayuda, es la consolidación de la parálisis.

El resultado es paradójico: estamos rodeados de toda la información humana al alcance de los dedos (sobre el celular) pero nos fijamos exclusivamente en lo que confirma lo que ya creemos, o peor aún, mucho peor, en lo que el algoritmo decide que deberíamos creer, ¿Quién nos garantiza que los gobiernos no decidan lo que debemos creer o pensar? ¿O será que ya está sucediendo?

*En este contexto, ¿Quién va a detener el desprecio al derecho internacional? ¿Quién va a exigir cuentas?
¿Quién va a sostener la fraternidad como valor?*

Mi respuesta es: el que todavía pueda pensar lento y aquel que tenga al lado alguien con quién pensarlo. Aquí es donde la masonería deja de ser un marco simbólico y se vuelve una herramienta de navegación, porque como escuchamos en nuestros inicios: el Uno, sin tensión, necesidad ni propósito, se propone su propia división, creando una dualidad que busca equilibrarse en un vaivén pendular imposible de resolver hasta que llega el número tres que ajusta todo en un nuevo orden.

El Templo de Salomón fue destruido, no una sino dos veces, y cada destrucción fue seguida de una reconstrucción, el Templo no es un edificio, es un principio, el orden se destruye para que un orden más completo emerja.



Hiram Abiff muere, es destruido, pero su muerte no es un fracaso, es la condición para que el Templo se complete, el maestro masón es el que ha pasado por la muerte simbólica y ha vuelto. El aprendiz recibe una piedra bruta y la primera lección es que debe ser desbastada, en cierto sentido destruida y transformada.

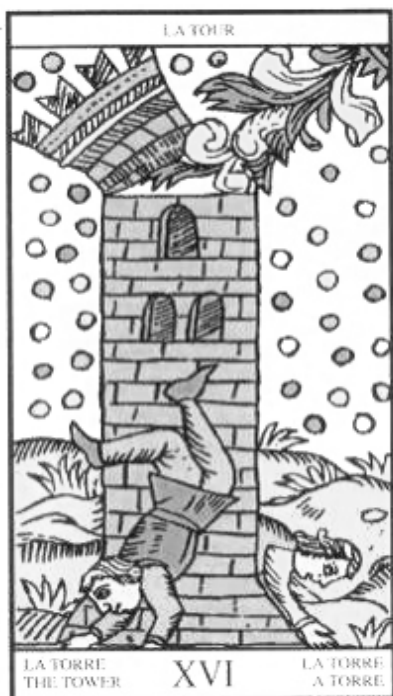
La masonería no es un refugio contra la destrucción, es un entrenamiento para atravesarla, y me doy cuenta que el masón no debería quejarse de los tiempos de destrucción, más bien debería ser quien mejor lo entiende, porque su tradición le enseña que la destrucción no es el fin, es la fase intermedia, que el caos contiene el germen de un nuevo orden, y que la muerte simbólica es el precio del crecimiento.

Pero entender no basta, y aquí creo que el masón tiene algo más que es la experiencia vivida de la fraternidad en un mundo donde el algoritmo nos empuja al individualismo, la logia es uno de los pocos espacios que exigen pensamiento lento, la tenida no es un feed⁸ ni un estorbo al pensamiento, se delibera, se escucha, se espera el turno y se ejercita el pensamiento colectivo; el masón no piensa solo, la cadena de unión no es un adorno, es un método, y fraternidad practicada, que no es una idea sino una experiencia de estar con otros, discutir, disentir y seguir siendo hermanos.

La fraternidad masónica no es ingenua, reconocemos que es un ideal hacia el que se camina y no un atributo que se posee, pero precisamente por eso funciona, porque se practica, no se proclama, y frente al individualismo algorítmico el taller masónico ofrece lo que yo llamaría un contra algoritmo: personas que se reúnen regularmente a pensar juntos sin más recompensa que la propia deliberación; eso no es una solución política ni tecnológica, es una solución de presencia, estar ahí, pensar lento, sostener el vínculo.



⁸ NDE: “Feed” es la página principal donde se organizan cronológicamente las publicaciones en plataformas como Instagram, TikTok o Facebook.



Y vuelvo a la Torre, que sigue en pie en el tarot pero el rayo ya cayó, y eso puede leerse como catástrofe o como revelación, apocalipsis en el sentido griego, como el Evangelista Juan que veía a Roma como la Gran Ramera y creía en la Nueva Venida que solucionaría sus preocupaciones, la destrucción devela lo que estaba oculto: que el orden era frágil, que las reglas dependían de que alguien las sostuviera, que la fraternidad no era un lujo sino una necesidad, y todo eso que parecía sólido se desvanece.

El Uno se dividió, la dualidad se desató, y el Tres todavía no llega, pero el masón sabe que el Tres existe aunque no se vea, sabe que la calma viene después de la tormenta — esa que contiene el germen de una nueva tensión — llegará, no porque haya esperanza en el sentido de optimismo barato ni fe como virtud teologal, sino porque el ciclo lo exige, porque el orden y el caos se turnan en este baile eterno y nosotros estamos aquí, en medio, tratando de entender qué papel nos toca.

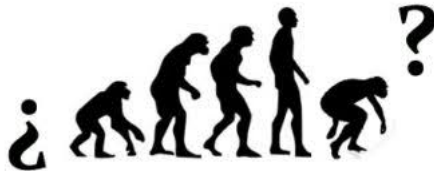
VHno Juan Carlos E. (*Valle de Ecuador*)

Queridos hermanos, agradezco por todas sus presentaciones, ideas y reflexiones con respecto a este tema, pero yo me voy a referir a la evolución y a la involucion de nuestra humanidad.

Desde que el hombre cazaba sus alimentos y utilizaba pedazos de rocas, palos, trampas, etc. para conseguir su supervivencia y esas herramientas a veces no les eran tan útiles y se la ingeniaron con el arco y las flechas, porque podían cazar a distancia y sin mayor peligro, fue un avance tecnológico de esa época. Funciono la evolución de las herramientas para la casería, pero a la vez detectaron que servia para la defensa contra sus vecinos y luego enemigos. Todo por el control de mejores lugares de caza y cultivo, y por la supremacía del lugar.

El hombre en su evolución ha transformado nuestro planeta, desde las mas remotas civilizaciones, controlando el agua con sus represas, desviando ríos, usando el viento para conseguir energía, la tierra sacando sus recursos minerales, petróleo y más; el fuego con sus experimentos que se han desarrollado para el bienestar de la civilizacion. Pero estos logros de la evolución humana que se han desarrollado para el confort, se están utilizando tambien para su destrucción. Desde la creación de la imprenta, como inicio de la masiva información sobre la información del acontecer diario, con las mejores intenciones a utilizar este medio para influir en el pensamiento colectivo en bien y en mal. La creación del teléfono para acortar distancias en la comunicación de eventos. Hoy con el teléfono celular en las manos tenemos el control de la comunicación en la palma de la mano, y genial verdad; pero esto ha causado una adicción tan grande y grave que se ha transformado en un problema, la cual controla a millones de seres humanos con mensajes verdaderos y muchos falsos que hacen a las personas incapaces de discernir sobre si la información es verdadera o falsa.

Con esto se esta perdiendo la escritura, la capacidad de expresarse, ahora se pone un emojis y ya. La tecnología, un avance evolutivo, se esta transformando en involucion, ya que no se investiga sobre un tema, solo se pregunta a la I.A. y ya, creyendo que la verdad esta ahí. Esta tecnologia esta acabando con los valores fundamentales de las personas.



¿Que hacemos y que haremos los masones ante esto? Se están cumpliendo las predicciones del Apocalipsis, las trompetas han tocado, los sellos se han roto.

Hoy los países que se creen poderosos ponen sus convulsionadas ideas sobre el control del planeta. Con sus amenazas de destruir una civilización. Los poderes oscuros del trafico de drogas, de armas y de trafico de personas, han puesto al mundo al borde de una guerra mundial, ya no solo con armas, con el control de los alimentos y mas, poniendo a países en indefeccion, al hambre y la muerte. La lucha por ideales, religiosos y el sometimiento a ellas, hacen que la paz tan buscada se aleje cada dia mas de nosotros los habitantes de nuestra madre tierra.

¿Sera que nosotros los Masones podemos hacer o intervenir en algo, saliendo a decir que la verdad y la luz pueden ayudar a la paz, a la fraternidad, a la justicia, a la libertad, y a la igualdad?.

VHna Rosi R. (Valle de Ecuador)

"El mundo se rompe porque los hombres prefieren levantar muros para aislar su ego, en lugar de labrar la piedra que permita construir puentes. Si la escuadra no mide las acciones y el compás no contiene las ambiciones, el templo de la humanidad se desmorona desde cimientos."

Ambición, Ego y la Pérdida de Valores: Vivimos en tiempos de profunda zozobra, un ciclo histórico donde la humanidad parece empeñada en su propia destrucción. El ser humano se ha convertido en el principal verdugo de la creación y de su propia especie. Las guerras llenan de sangre la tierra no son más que la manifestación física de una batalla interna perdida: el triunfo del ego sobre la conciencia. La intolerancia y la ambición desmedida han suplantado a la ética y a los valores morales tradicionales.

Por mala suerte, el "progreso" tecnológico y material no ha ido acompañado de una evolución espiritual; al contrario, ha hipertrofiado el individualismo. El hombre contemporáneo, cegado por el deseo de poder y posesión, destruye su entorno, fractura sus sociedades y devora su propio futuro.

*Entre la bondad y la justicia, cabe una pregunta
¿Hasta cuándo y cuánto de Tolerancia y Perdón?*

La masonería nos enseña que la bondad, lo bueno y la justicia son pilares indispensables para la convivencia humana. El perdón es una de las herramientas más nobles para sanar el tejido social. Sin embargo, la sabiduría masónica apela al equilibrio a través de la Escuadra y la Plomada. La tolerancia no puede ser un cheque en blanco para la autodestrucción. Ser tolerante con la intolerancia es un acto de cobardía que destruye la misma libertad que pretendemos proteger. Se perdona el error del ignorante que busca la luz, pero no se puede aparentar que es lícita la maldad sistemática que busca destruir la Verdad.

La justicia sin perdón es tiranía, pero el perdón sin justicia es complicidad con el caos.

El desarrollo social ha traído consigo nuevas formas de vida, identidades y maneras de ser. Aunque la diversidad enriquece, la falta de un eje moral ha provocado una polarización sin precedentes. Hoy asistimos a la aparición de "tridentes" ideológicos y discursos incendiarios que buscan la división sistemática entre los seres humanos. De manera alarmante, esta fractura ha alcanzado la polaridad fundamental de la existencia: el hombre y la mujer. La proliferación de grupos radicalizados — tanto feministas extremas como machistas recalcitrantes — ha transformado la complementariedad natural en una trinchera de guerra. En términos simbólicos, esta guerra de sexos e ideologías está provocando la división de las columnas.

¿Cómo se puede formar el arco si dividimos las columnas?

El arco arquitectónico y espiritual solo es posible cuando ambas columnas sostienen el mismo peso, respetando su naturaleza y su posición. La unión del arco requiere una Piedra Fundamental. Esa es la Fraternidad, el Principio Superior que une lo que está disperso. Sin la cohesión que brinda la geometría del respeto mutuo, la piedra fundamental cae, aplastando a quienes están abajo.

El Ego y la Fragmentación de la Orden: La Masonería no es inmune a las enfermedades del mundo profano. Es doloroso admitir que el virus de la vanidad y la ambición también cruza las puertas del templo. El apego a los metales, la búsqueda de medallas, altos grados por mero estatus y los títulos pomposos alimentan el ego de los hermanos, quebrando la horizontalidad del nivel.

Cuando el ego prevalece, la Gran Cadena de Unión se rompe. La Orden se fragmenta en células chiquitas, logias aisladas o

facciones en disputa que olvidan el verdadero secreto masónico. Mientras el mundo exterior se desangra y necesita desesperadamente referentes morales, la Masonería se debilita desde dentro por rencillas absurdas.

Hoy, en tiempos de destrucción universal, la Masonería debe estar más unida que nunca. No podemos pretender unir las columnas del mundo si nuestras propias columnas masónicas se tambalean por falta de fraternidad real.

Un Masón en el Siglo XXI: Los principios masónicos no son reliquias del pasado para exhibir en tenidas solemnes; son herramientas dinámicas para aplicar en un mundo en ruinas. Frente a la autodestrucción, el masón debe blandir el Mallet de la voluntad y el Cíncel del discernimiento para seguir puliendo la Piedra Bruta. Más no desde la tiranía y el poder aparente. Es hora de abandonar los metales del ego, engendro de la envidia y competencia malsana. Es hora, de deponer las armas de la división ideológica y de volver a los principios fundamentales: la rectitud, el estudio, el amor al prójimo y la búsqueda incansable de la Verdad. Solo uniendo nuestras fuerzas, reconociendo el valor sagrado de la dualidad humana sin radicalismos, y combatiendo nuestras propias pasiones, seremos capaces de reconstruir el arco social y ofrecer al mundo el refugio de un templo de paz, justicia y verdadera fraternidad.

"Las herramientas no tienen poder en sí mismas; su fuerza reside en la mano que las empuña con consciencia y en el corazón que las guía con virtud. En un mundo que se derrumba, el masón no busca refugio, busca materiales para la reconstrucción."

Tras diagnosticar la profunda crisis ética y social que nos asedia, es imperativo volver la mirada hacia nuestra caja de herramientas.

No son simples objetos de metal o madera; son símbolos vivientes de principios universales que, hoy más que nunca, actúan como diques de contención contra el caos y como planos para la reconstrucción del Templo de la Humanidad.

La Escuadra y el Compás son, quizás, los símbolos más reconocibles de la Orden, y su enseñanza es crucial para rectificar el rumbo de una sociedad sin norte. En un mundo que parece inclinarse hacia la destrucción universal, la Masonería y sus herramientas no son reliquias; son una guía de supervivencia.

El masón tiene el deber de ser un vigilante que mantiene la Escuadra de la ética en su conducta, que circunscribe sus pasiones con el Compás, que trabaja para equilibrar las columnas en conflicto de la sociedad, y que ilumina su camino con la Razón y la Conciencia, buscando siempre que su Conocimiento se transforme en Sabiduría para el bien de la Humanidad.

Así, la Masonería no puede ni debe permanecer como un club de contemplación intelectual. Su aporte hoy no es solo útil; es vital. Al enseñar a los seres humanos a escucharse con respeto a través de la palabra moderada, la Masonería demuestra que es posible la convivencia armónica dentro de la diversidad. Es el laboratorio vivo donde se demuestra que las columnas opuestas pueden sostener un mismo arco sin destruirse mutuamente. Cuando las instituciones profanas entran en decadencia moral, la Masonería se erige como una reserva ética, defiende el libre examen, la ciencia y el uso de la Razón iluminada por la Conciencia. Una sociedad con ciudadanos que piensan por sí mismos y que buscan el conocimiento real es una sociedad mucho más difícil de manipular. Vivimos en tiempos de profunda zozobra, un ciclo histórico donde la humanidad parece empeñada en su propia destrucción.

El ser humano se ha convertido en el principal verdugo de la creación y de su propia especie. Las guerras llenan de sangre la

tierra no son más que la manifestación física de una batalla interna perdida: el triunfo del ego sobre la conciencia. La intolerancia y la ambición desmedida han suplantado a la ética y a los valores morales tradicionales.

La masonería nos enseña que la bondad, lo bueno y la justicia son pilares indispensables para la convivencia humana. El perdón es una de las herramientas más nobles para sanar el tejido social. Sin embargo, la sabiduría masónica apela al equilibrio a través de la Escuadra y la Plomada. La tolerancia no puede ser un cheque en blanco para la autodestrucción. Ser tolerante con la intolerancia es un acto de cobardía que destruye la misma libertad que pretendemos proteger. Se perdona el error del ignorante que busca la luz, pero no se puede aparentar que es lícita la maldad sistemática que busca destruir la Verdad. La justicia sin perdón es tiranía, pero el perdón sin justicia es complicidad con el caos.

El desarrollo social ha traído consigo nuevas formas de vida, identidades y maneras de ser. Aunque la diversidad enriquece, la falta de un eje moral ha provocado una polarización sin precedentes. Hoy asistimos a la aparición de "tridentes" ideológicos y discursos incendiarios que buscan la división sistemática entre los seres humanos.

De manera alarmante, esta fractura ha alcanzado la polaridad fundamental de la existencia: el hombre y la mujer. La proliferación de grupos radicalizados —tanto feministas extremas como machistas recalcitrantes— ha transformado la complementariedad natural en una trinchera de guerra. En términos simbólicos, esta guerra de sexos e ideologías está provocando la división de las columnas.

¿Cómo se puede formar el arco si dividimos las columnas?

El arco arquitectónico y espiritual solo es posible cuando ambas columnas sostienen el mismo peso, respetando su naturaleza y su posición. La unión del arco requiere una Piedra Fundamental. Esa es la Fraternidad, el Principio Superior que une lo que está disperso. Sin la cohesión que brinda la geometría del respeto mutuo, la piedra fundamental cae, aplastando a quienes están abajo.

Hoy, en tiempos de destrucción universal, la Masonería debe estar más unida que nunca. No podemos pretender unir las columnas del mundo si nuestras propias columnas masónicas se tambalean por falta de fraternidad real.

El masón tiene el deber de ser un vigilante que mantiene la Escuadra de la ética en su conducta, que circunscribe sus pasiones con el Compás, que trabaja para equilibrar las columnas en conflicto de la sociedad, y que ilumina su camino con la Razón y la Conciencia, buscando siempre que su Conocimiento se transforme en Sabiduría para el bien de la Humanidad.

Frente a un panorama global de autodestrucción, donde el ego, la polarización y la pérdida de valores amenazan con derribar las columnas de la civilización, la Masonería no puede ni debe permanecer como un club de contemplación intelectual. Su aporte hoy no es solo útil; es vital. Al enseñar a los seres humanos a escucharse con respeto a través de la palabra moderada, la Masonería demuestra que es posible la convivencia armónica dentro de la diversidad. Es el laboratorio vivo donde se demuestra que las columnas opuestas pueden sostener un mismo arco sin destruirse mutuamente. Cuando las instituciones profanas entran en decadencia moral, la Masonería se erige como una reserva ética, defiende el libre examen, la ciencia y el uso de la Razón iluminada por la Conciencia. Una sociedad con ciudadanos

que piensan por sí mismos y que buscan el conocimiento real es una sociedad mucho más difícil de manipular.



La divisa masónica *Ordo ab Chao* (El Orden surge del Caos) no es solo un lema; es un método de trabajo espiritual y social. De hecho, la Masonería enseña que las crisis y las épocas de destrucción son también momentos de purificación donde lo viejo y podrido cae para dar paso a lo nuevo. El masón no se desespera ante el caos del mundo; sabe que su deber es usar el Malleto y el Cincel para

dar forma a la nueva realidad. La Orden aporta esperanza activa: la convicción profunda de que, aun en medio de las ruinas, siempre se pueden encontrar piedras útiles para volver a levantar el Templo de la Virtud.

El mayor aporte de la Masonería no se ve en grandes campañas publicitarias ni en intervenciones políticas directas como institución. Se nota de forma sutil pero implacable: en la transformación del individuo.

Al tomar a un ser humano desgastado por el caos del mundo profano, al ayudarlo a pulir sus asperezas, domar su ego, enseñarle el valor del perdón justo y devolverlo a la sociedad transformado en un constructor consciente, la Masonería evita que el mundo termine de derrumbarse. Cada masón que practica la rectitud en su hogar, en su trabajo y en su comunidad es una columna viva que sostiene los restos del arco de la civilización, esperando el momento de la gran reconstrucción.



Nuestra **VHna Maria-Luisa** (*Valle de Europa*) nos comunica la reflexión siguiente presentada durante una tenuta blanca organizada en junio 2026 en Bruselas



Carta blanca a Bichara Khader, profesor en la UCLouvain, director del Centro de Estudios e Investigaciones sobre el Mundo Árabe Contemporáneo.

“Vengo de un país con una memoria saturada, un lugar de identidades múltiples, cuna de religiones y civilizaciones. Mi país natal, Palestina, está hoy despedazado, destripado, codiciado y colonizado, cuando podría ser un gran lecho para dos sueños: el del diálogo y el de la paz.

Lamentablemente, todos los procesos de paz se han estrellado contra los arrecifes de la fuerza bruta, la negación, la estigmatización, la construcción de una legitimidad que niega radicalmente la del adversario y, sobre todo, la negación del sufrimiento del Otro, e incluso de su propia existencia. Reconocer el sufrimiento del Otro y los miedos que lo atenazan es una condición esencial para el encuentro lógico, la única capaz de cuestionar el uso instrumental de la historia y de la memoria. Abogo, por tanto, para que los muertos no tomen como rehenes a los vivos y para que los adversarios de hoy curen sus heridas y salgan de esta ecología del sufrimiento y del odio que obstruye el camino hacia el futuro.

Ciertamente, es cómodo, como hace Israel, adoptar la postura de víctima absoluta, legitimando, por las pruebas sufridas en el pasado, un derecho prioritario a la compasión y al apoyo incondicional, o la designación de un enemigo hereditario constantemente estigmatizado. Esta actitud no conduce a ninguna parte, pues se basa en la idea de la excepcionalidad del Estado de Israel, que sería el único Estado capaz de sustraerse a las normas del derecho internacional.

Mirar hacia el futuro requiere audacia para no recurrir a la martirología como instrumento de negociación política. El sufrimiento padecido en el pasado no otorga el derecho de infligir otro sufrimiento: las venganzas, las represalias, la preocupación permanente por aplastar al adversario, el rechazo mismo de su existencia y la búsqueda desesperada de victorias totales son políticamente y moralmente suicidas, pues pudren la situación, erosionan la confianza, radicalizan los espíritus y endurecen los corazones, y sobre todo socavan nuestra humanidad común. ¡Cuántas guerras ganadas han terminado en derrotas morales y estratégicas! Son victorias pírricas, diría yo, porque desembocan en la ilusión estéril de seguridad cuando en realidad conducen a un deterioro moral y a un derrumbe ético.

En mi región de origen, que se extiende del Jordán al Mediterráneo, estamos ante dos pueblos que no dejan de abrir viejas tumbas y desenterrar a los muertos del pasado, transfigurados en “fábulas ejemplares” puestas al servicio del discurso patriótico y a menudo chovinista. Si seguimos por este camino, los muertos seguirán tomando como rehenes a los vivos, y acabaremos saboteando todas las buenas voluntades que apuestan por un futuro común de paz.

Al igual que mi país natal, acumulo paradojas: en Palestina soy cristiano, en Oriente Medio soy palestino, en Bélgica soy árabe, en Europa soy inmigrante... Pues bien, no encuentro demasiado pesado este fardo identitario. Las identidades múltiples son tantos puentes hacia los demás, porque siempre he considerado la cuestión identitaria como una relación y no como una prisión.

Las identidades que encierran son mortíferas. Por eso me rebelo contra los discursos extremistas que ven al Otro como una amenaza, casi como una patología social. No me gustan las identidades que “encierran”, porque son identidades asesinas. Humanista hasta la médula, me rebelo contra los muros invisibles que son la incompreensión, el rechazo, el miedo, símbolos de un repliegue sobre uno mismo que cierra nuestros corazones y nuestras mentes al Otro.

También me rebelo contra los muros visibles, de hormigón armado, que lejos de proteger, separan y aíslan. Siempre he preferido los puentes y las pasarelas: unen, no ocultan el horizonte, invitan al intercambio y al encuentro. Dicho de otro modo, quien está frente a mí es un rostro por descubrir y no un documento de identidad que blandir. Temer a los Otros, diferentes o extranjeros, o condenarlos injustamente al oprobio, es impedirse percibir la luz que los habita. Puede parecer de gran ingenuidad, y sin embargo, adoptar una actitud humanista de acogida de la alteridad es la condición sine qua non de la paz social y, finalmente, de la paz internacional.

La proliferación de los etnonacionalismos. *Vivimos una época en la que ellos proliferan. El peor etnonacionalismo es aquel que utiliza la religión para galvanizar energías, movilizar a los hombres, cohesionar a las sociedades o legitimar empresas de colonización. No son las religiones las que están aquí en causa, sino su instrumentalización descarada por actores políticos. Dejemos de fabricar enemigos religiosos: no hay religiones de la paz y religiones de la espada. Es el uso que hacen los hombres de ellas lo que las vuelve pacíficas o guerreras. El recurso por parte de Israel a nociones como “Pueblo Elegido” o “Tierra Prometida” para justificar la colonización de lo que queda de la Palestina histórica es un insulto a nuestra Humanidad Común, además de un desprecio por el derecho. Igualmente peligrosa y aberrante es la pretensión de ser “una villa en la jungla”, que no es sino una afirmación arrogante de superioridad sobre los palestinos. Ya hemos visto en el pasado los estragos de semejante deriva con el nazismo. Lo vemos hoy cuando dirigentes políticos, y no menores, se lanzan en cabalgadas guerreras, destruyendo infraestructuras, escuelas y hospitales mientras pretenden defender “la civilización occidental contra la barbarie”.*

Es risible y aberrante. Pero también es resucitar la peligrosa tesis de Samuel Huntington sobre el “choque de civilizaciones”. Digo peligrosa porque la tesis del Choque de Civilizaciones, a la que adhieren numerosos partidos de derecha y extrema derecha, es polarizante, pesimista y se basa en un postulado dudoso: que ninguna convergencia es posible entre el norte y el sur del Mediterráneo.

Es peligrosa también porque concibe la política mundial a través del prisma de la “teoría del conflicto” y de la mentalidad de la “guerra fría”, dividiendo el mundo en “ejes del Bien y ejes del Mal” y recreando líneas de fractura y un recorte artificial de las fronteras culturales, cuando por definición las culturas son siempre híbridas, mestizas, como recordaba Maurice Béjart.

Que partidos políticos y grupos integristas adhieran a las divagaciones de estos pájaros de mal agüero, como Huntington, apenas sorprende, pues para tales partidos o grupos la identidad no se ve como un “sentimiento de pertenencia”, sino como una bandera bajo la cual combatir.

Nos corresponde a nosotros, sociedades civiles, alertar sobre los discursos de odio, desenmascarar los estereotipos que ponen en peligro la convivencia dentro de los países y entre los países, denunciar las derivas de comportamiento o de lenguaje tales como “el borrado de una civilización”, “hacer retroceder a un país a la Edad de Piedra” o “convertir Gaza en una Riviera” después de haberlo arrasado todo. Tales proposiciones no son metáforas, sino programas de destrucción de nuestra humanidad común. El derecho a defenderse no es un derecho a “destruirlo todo”.

Todo esto me lleva a algunas reflexiones finales: a la vista de las tragedias que se desarrollan ante nuestros ojos, la historia nos enseña que no aprendemos nada de la Historia. La guerra borra vidas, el olvido borra pueblos. “La tragedia última —decía Martin Luther King— no es la opresión y la crueldad de las malas personas, sino el silencio de las buenas personas”.

Dejo la última palabra al gran poeta palestino Mahmoud Darwish: “Sufrimos de una enfermedad incurable: la esperanza”. Junio 2026



Ensayo de Síntesis

Las reflexiones presentadas en este compendio ofrecen una lectura simbólica, política y espiritual de los tiempos actuales. Sugieren que la francmasonería posee las herramientas para comprender la crisis y reconstruir el diálogo.

1. **Contexto:** El mundo está en una crisis sistémica: la humanidad atraviesa un período de desintegración — política, moral, social, ecológica — marcado por el retorno de los imperialismos, nacionalismos, racismos, exclusiones, fascismos; la normalización de la violencia y del uso de la fuerza; el derrumbe del marco jurídico; la pérdida del pensamiento crítico. Como dice un V.H.nº: «Vivimos una época en la que se da prioridad a invertir en lo que destruye, en lugar de en lo que debería construirse». Varias contribuciones analizan la decadencia civilizatoria: el triunfo de la mentira y la manipulación; la dominación del dinero; el vacío existencial a pesar de la abundancia material; la pérdida de discernimiento entre el bien y el mal; la fragmentación social y la soledad; el culto al éxito individual y el colapso del bien común.
2. **La mirada masónica: la destrucción como revelación.** Las reflexiones movilizan fuertemente el simbolismo del 17º grado del Rito Escocés: el dragón de siete cabezas (odio, orgullo, mentira, perjurio, cobardía, calumnia, amoralidad) representa las pasiones internas; los siete sellos simbolizan las etapas de la transformación interior; el silencio se presenta como una herramienta de discernimiento y no como una huida; finalmente, el Apocalipsis se entiende como revelación, no como fin. El mensaje central es este: «Lo que aparece no es el derrumbe, sino aquello que se revela cuando ciertas estructuras dejan de sostenernos».

3. **La destrucción como motor de transformación.** Varios autores movilizan aportes científicos, históricos o simbólicos: la termodinámica (entropía / exergía); la apoptosis biológica; la Inteligencia Artificial; la mitología; las alegorías del Tarot. Todos convergen en una idea: la destrucción es estructural, cíclica y a veces necesaria para la reconstrucción. «Nada se crea, nada se pierde, todo se transforma».
4. **La francmasonería frente al caos contemporáneo.** Varias contribuciones denuncian una paradoja: la masonería es un arte de construir, pero evoluciona en un mundo que parece destruirse. Frente a la pérdida de transmisión de valores, algunos llaman a una reacción. Pero la masonería también debe seguir siendo un bastión del pensamiento, del diálogo y de los matices en un mundo de inmediatez. ¿Hacia dónde vamos? Un buen diagnóstico es necesario. Una reflexión importante tiene también que abordar los vínculos históricos entre patriarcado, colonialismo y francmasonería. Así, la masonería está invitada a tallar también su propia piedra.
5. **El papel de la masonería: resistencia, rebeldía, reconstrucción, humanismo.** El trabajo de reflexión converge hacia una visión común: la masonería debe romper el silencio; defender la paz, el diálogo, la justicia, la solidaridad. Debe volver a ser un laboratorio del espíritu y de intercambios, no un museo de símbolos. Debe ofrecer una presencia fraterna en un mundo atomizado. «La masonería no es un refugio contra la destrucción, es un entrenamiento para atravesarla». A pesar de la gravedad del diagnóstico, se termina con una nota positiva: la fraternidad puede volver a ser un principio activo. Como dice Mahmoud Darwish, citado al final:



*A pesar de nuestras dudas,
«sufrimos una enfermedad incurable...
la esperanza».*



Anexo 1: Masonería en tiempos de trastornos

Esta reflexión proviene de un artículo publicado en mayo 2026 en “450fm”.

En un contexto así, quienes eligen la lentitud parecen extraños. Quienes se toman el tiempo de reflexionar antes de hablar parecen blandos. Quienes no alzan la voz son invisibles. Sin embargo, es precisamente aquí, en medio de este tumulto, donde la francmasonería tiene algo que compartir. No como una solución ya hecha, ni como un refugio para quienes desean retirarse del mundo, sino como una elección concreta de una manera de estar en el mundo: con responsabilidad, con la sabiduría y la energía de quienes tienen algo que construir.

La sociedad moderna funciona como una fábrica de emociones instantáneas. Produce indignación a demanda, simpatía efímera y entusiasmo que dura lo que dura un desplazamiento de pantalla. En el Templo, todo funciona al revés. No es un lugar que acelera: es un lugar que ralentiza, que ordena el pensamiento, y al ralentizarlo, enseña.

El tiempo es dueño de todas las cosas, dice el filósofo... ¿pero existe realmente el tiempo? Una cosa es segura: El tiempo actúa a la vez como creador y destructor. Recordemos también que el trabajo iniciático no es una carrera con una línea de llegada. Ciertamente hay un ritmo sostenido, que nos obliga a volver sin cesar a las mismas etapas, pero con otra mirada.

El silencio buscado en el Templo tampoco es una ausencia: es la condición para que las palabras, cuando se pronuncian, tengan toda su importancia. Allí se aprende algo: no hablar para llenar el vacío, sino elegir el momento de romper el silencio porque vale la pena hacerlo.

Reaccionar a la frenética agitación mundial no significa “dar su opinión”. Significa otra cosa: ante todo, elegir cómo utilizar el tiempo del que disponemos. ¿Con la urgencia de la manada o con la paciencia de quienes construyen? Luego, saber resistir al reflejo del “me gusta” o “no me gusta” y privilegiar el esfuerzo de la reflexión previa.



La balanza, el cincel y el mallette son símbolos importantes... No son simples adornos. Si no influyen en nuestra manera de pensar, no son más que objetos. Su valor reside en el instante en que transforman nuestra mirada sobre el mundo, nuestras decisiones y nuestras acciones. La balanza, por ejemplo, es una objeción constante a la impulsividad. No un freno a la pasión, sino una invitación a no dejar que la emoción guíe sola el juicio. El saber, la verdad y la justicia no pueden existir sin equilibrio. En una época que erige la radicalidad como signo de valentía, la balanza es un recordatorio para quienes confunden odio con firmeza.

El mallette y el cincel dicen otra cosa: que trabajamos. No en el sentido productivista, sino en el sentido del artesano. Se trata de esculpir: eliminar lo superfluo, suavizar lo que hiere, aceptar los aspectos de nosotros mismos que preferimos ignorar. En un mundo que quiere que todo esté ya terminado, en un mundo donde quienes no están contigo están contra ti, en un mundo donde Internet nos enseña a gritar antes de comprender, la francmasonería nos enseña a escuchar antes de hablar. El francmasón es aquel que acepta ser una “obra en curso” y, curiosamente, encuentra en ello una forma de libertad.

La luz brilla en las tinieblas, no las disipa. Aceptar que los otros, incluso quienes nos contradicen, incluso quienes nos irritan, poseen una parte de verdad exige humildad.

Pero esto no debe confundirse con sumisión alguna. Es la dificultad de quienes no se contentan con una respuesta fácil. Escuchar antes de juzgar, incluso frente a quienes son hostiles a nuestras propias ideas, es un acto difícil. No por falta de tiempo, sino porque requiere algo que el tiempo por sí solo no puede ofrecer. El francmasón no capitula ante los conflictos. Está llamado a algo más complejo, que llamamos mediación. La virtud reside en el justo medio, no porque el medio sea siempre justo, sino porque la búsqueda del equilibrio exige más reflexión que tomar partido por prejuicio.

Ser francmasón hoy no es una escapatoria. Ni siquiera es un privilegio, es una responsabilidad. Un compromiso concreto a no dejarse seducir por lo efímero, a no ceder a la presión de quienes gritan más fuerte, a no confundir velocidad con progreso. En Logia, debemos aprender a hablar con los demás; fuera del Templo, aprendemos cuándo es prudente tomar la palabra y cuándo, por el contrario, es mejor callar y dejar que los hechos hablen por sí mismos.

*¿La francmasonería como bastión de valores
en tiempos de trastornos?*

Esto significa que frente a la confusión, al miedo y al odio que se difunden como un aire viciado, el francmasón no abandona ni huye: elige la moderación y asume la responsabilidad de esa elección. Cada noche, una sola pregunta que hacerse: ¿He reaccionado bajo mis pasiones o según los criterios de mi Templo? La lección que se desprende, al final, es simple: No nos perdamos, ni en el ruido, ni en la facilidad, ni en el miedo a decir “no”.

Más que la espada o el puñal, la reflexión es el arma silenciosa de quienes saben que el tiempo, al final, es justo con la historia y con quienes han elegido caminar con medida y responsabilidad.

Anexo 2

Al final, como editor no puedo resistir en copiar (con su autorización) la ponencia de nuestra VHna Margarita R. (Representante de CLIPSAS ante las organizaciones masónicas americanas 2025 – 2028) en la última reunión del CLIPSAS, 2026.



“Mis Queridos Hermanos y Hermanas en sus Grados y Calidades:

Hablar de fraternidad y de paz en el mundo suele ser un acto elegante: palabras bien peinadas, conceptos que suenan redondos y una sensación agradable de estar del lado correcto de la historia.

Casi como si bastara pronunciarlas para que el mundo, obediente, se acomodara. Pero no. El mundo no se arregla con discursos, aunque los discursos, bien usados, pueden al menos incomodar lo suficiente como para que alguien haga algo distinto después.

Vivimos tiempos curiosos: nunca habíamos estado tan conectados y, sin embargo, tan hábilmente separados. Nos indignamos en tiempo real, opinamos con fervor y, acto seguido, seguimos con nuestras vidas como si la indignación fuera una especie de gimnasia moral que nos mantiene en forma sin necesidad de mover un solo músculo en la realidad.

En ese escenario, la masonería corre el riesgo —y sería una ironía bastante pobre— de convertirse en una hermosa colección de ideas que se contemplan a sí mismas. Una especie de museo del pensamiento fraternal donde todo está perfectamente ordenado... excepto el mundo allá afuera. Porque sí, hemos aprendido a trabajar la piedra bruta, a pulirnos, a pensar, a cuestionar. Hemos sido, durante mucho tiempo, magníficos especulativos. Y no hay nada malo en eso... salvo cuando se vuelve suficiente.

El problema empieza cuando confundimos la comprensión con la acción, como si entender la fraternidad fuera lo mismo que practicarla. Como si reflexionar sobre la paz tuviera, por sí mismo, algún efecto sobre la violencia. Es una idea tentadora: pensar que el mundo mejora porque nosotros lo pensamos mejor. Pero el mundo —terco, imperfecto, bastante indiferente a nuestras elucubraciones— sigue esperando otra cosa.

Pasar de lo especulativo a lo operativo no es traicionar la esencia de la masonería; es, en todo caso, tomársela en serio. Ser operativos hoy significa algo incómodo: que no basta con ser lúcidos en el templo si afuera somos indiferentes. Que no sirve de mucho hablar de igualdad si en la práctica toleramos pequeñas injusticias porque “no nos corresponde”. Que la fraternidad no es un concepto abstracto sino una práctica concreta... incluso cuando resulta poco elegante, poco cómoda o poco aplaudida.

Y aquí empiezan las malas noticias: no hay fórmulas mágicas. Pero sí hay caminos.

El primero —y quizá el más subversivo en estos tiempos— es el diálogo real. No el diálogo decorativo donde todos hablan y nadie escucha, sino ese otro, más difícil, donde uno corre el riesgo de cambiar de opinión. En un mundo que se alimenta de certezas absolutas, sentarse a escuchar al otro puede parecer una pérdida de tiempo... o una pequeña revolución. Las logias podrían ser, si quisieran, algo más que espacios de reflexión interna: podrían convertirse en territorios de encuentro entre diferencias. No para resolverlo todo —eso sería demasiado optimista—, pero al menos para empezar a desarmar la lógica cómoda del “ellos contra nosotros”, que tan buenos resultados ha dado... para empeorar las cosas.

El segundo camino es la educación. No en el sentido solemne y distante, sino en el cotidiano: enseñar a pensar, a dudar, a no tragarse entero el primer discurso que suene convincente. La paz no nace de la ignorancia; más bien todo lo contrario. Y, aunque suene poco espectacular, formar ciudadanos críticos probablemente tenga más impacto que mil declaraciones bien intencionadas.

El tercero es la acción social, pero con un matiz importante: ayudar no es suficiente. Sí, suena duro, pero es así. La ayuda que no transforma termina siendo una forma elegante de mantener las cosas como están. Ser operativos implica apostar por procesos que devuelvan autonomía, que generen dignidad, que incomoden un poco las estructuras que producen desigualdad. Lo otro —la ayuda que tranquiliza conciencias— ya está bastante cubierto.

El cuarto es la defensa de los derechos humanos. Aquí tampoco hay mucha novedad, salvo que hacerlo en serio suele ser menos cómodo de lo que parece. Defender derechos implica, a veces, ir en contra de corrientes, de discursos dominantes, incluso de silencios cómplices. Y no, no es partidismo: es coherencia. Pero claro, la coherencia tiene la mala costumbre de exigir costos.

El quinto, quizá el más traicionero, es el uso de la palabra. En una época donde todos hablamos —y mucho—, elegir no alimentar el odio ya es un acto significativo. No compartir la mentira conveniente, no amplificar el prejuicio de moda, no sumarse al linchamiento digital... pequeñas decisiones que, acumuladas, hacen más por la paz que muchos discursos solemnes.

Nada de esto suena heroico. Y ese es precisamente el punto.

Hemos romantizado tanto la idea de cambiar el mundo que olvidamos que, en la práctica, se parece más a una suma de gestos persistentes que a grandes momentos épicos. Es menos épico y más cotidiano. Menos grandioso y más incómodo.

Por supuesto, hay obstáculos: El primero es la (falta de) coherencia, lo que arruina cualquier discurso bonito si no viene acompañada de hechos. No podemos aspirar a un mundo distinto actuando igual que siempre. Puede parecer obvio, pero la historia demuestra que no lo es tanto. El segundo es la (falta de) apertura. Durante mucho tiempo, la masonería ha cultivado cierta reserva que, en su contexto, tenía sentido. Pero hoy, ser operativos implica dialogar más con el mundo, dejar de hablar solo entre nosotros. Porque, aunque resulte tranquilizador, el mundo no cambia dentro de una burbuja. El tercero es la costumbre.

Las tradiciones, cuando se vuelven intocables, dejan de ser herramientas y se convierten en excusas. Ser fieles a los principios no significa repetir formas; significa hacerlos vivir en contextos nuevos. Y eso, inevitablemente, implica incomodidad.

Al final, la fraternidad no es una idea: es una práctica. Y la paz no es un destino lejano: es una construcción diaria, imperfecta, a veces frustrante.

Quizá no podamos cambiar el mundo de una vez —sería pretencioso incluso intentarlo —, pero sí podemos dejar de comportarnos como si nada dependiera de nosotros. Que, curiosamente, es una de las formas más eficaces de garantizar que nada cambie.

Pasar de lo especulativo a lo operativo es, en el fondo, aceptar que nuestras ideas no valen por lo bien que suenan, sino por lo que hacen en la realidad. Y eso —aunque menos poético de lo que quisiéramos— tiene la ventaja de ser cierto.”



**“Reconstruir lo que el tiempo
o la locura de los hombres
ha destruido.”**
Código Moral Masónico.



Edición Nuevo Mundo 2026

